



TRES AÑOS ANTES

Josep Aguilera

Tres años antes

Josep Aguilera

Copyright © 2018 del Editor: Josep Aguilera i Calvo
Derechos por copia. Autor ® en CEDRO A22419
Fotografía e ilustración de cubierta © Registradas

Textos propiedad exclusiva de © Josep Aguilera
Todos los derechos reservados © All rights reserved
Obra con registro en Safe Creative © 1810138716785
En fecha y hora 13-Oct-2018 10:44 UTC
Title ID en Amazon de la Edición Impresa: 7645953
ISBN-13: 978-1977891556

Todas las imágenes y los textos contenidos en este libro, son propiedad por derecho del autor arriba señalado y están protegidas por copyright © con todos sus derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos sin el permiso previo y por escrito del editor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© by Josep Aguilera Ediciones, 2018
Gran Via de les Corts Catalanes, 655
08010 Barcelona

Primera edición: octubre 2018

*Yo te quiero libre.
Libre de obediencia y sumisión,
libre de la necesidad y la costumbre,
libre de promesas que aprieten y estrechen
la urgencia de tus ganas.*

Leha.

ÍNDICE

		11
1 —	Tres años antes.	13

2 —	La teoría de los seis grados.	17
3 —	Ser sibarita.	23
4 —	Pura necesidad.	31
5 —	Complicidad no escrita.	37
6 —	Sosegada calma.	41
7 —	Sus expresivos ojos azules.	47
8 —	Me moría literalmente.	51
9 —	Te echaba de menos.	61
10 —	Me quedé muy quieto.	71
11 —	Sentirse afortunado.	85
12 —	No se quiere ir.	97
13 —		105
14 —	No me quiero ir.	113
15 —	'O sole mio.	117
16 —	Un toque de sumisión.	141
	El día que jamás olvidaré.	147
	Epílogo.	157
	Acerca del autor.	159
	Notas	161
	Dedicatoria	



Una tarde de verano me llamó Julia, una buena amiga. Me decía que teníamos que vernos, que tenía una buena historia que había caído en sus manos por casualidad.

—¿De qué trata? —le pregunté.

Me contó que se trataba de una relación de amor y amistad que había perdurado con los años. Que habría que cambiar ubicaciones, fechas e incluso traer la historia a tiempos más cercanos. Habría que cambiar nombres pero que todo lo esencial podría permanecer intacto.

—¿Simular nombres?

No entendía qué necesidad podía tener en querer mantenerlos en el anonimato.

—¿Acaso es que conoces a tu Romeo y Julieta?

—No te voy a decir si les conozco o no, sólo quiero que leas la historia, que la sientas, que la sitúes en un tiempo actual. Está todo escrito en hojas sueltas, está todo escrito con el corazón. Solo falta pulirlo y hacer que fluya en el papel tal como ocurrió o como tú prefieras.

—¿Me estás diciendo que es una historia real?

—Josep te lo pido como amiga. Ven, léelo, vívelo y si después de leerlo quieres escribirlo estaré en deuda contigo eternamente. A mí se me puso la piel de gallina mientras pasaba páginas. Imaginé por un momento ser yo la protagonista, andar por esas calles, tener esas sensaciones...

Esta es la historia de *Raquel y Víctor*. La historia de cómo han cambiado las relaciones humanas y de qué manera la necesidad supera las distancias que de otro modo serían insalvables. Hoy en día el modelo de pareja ha cambiado por completo y las personas nos movemos mucho más en entornos virtuales que intentan suplir otras carencias. Ellos sufrieron también su propia ausencia que por otro lado era compensada con la tecnología. Ellos vivieron lo que para otros sería una locura, lo que para otros sería un imposible y lo hicieron con tal intensidad que al leerlo, al leerlo de su propio puño y letra, no puedes evitar que un cosquilleo te recorra la columna vertebral y se aloje para siempre en tu corazón.

Se la veía muy nerviosa, ajetreada, taconeando junto a su maleta tamaño cabina. Acababa de bajar del avión hacía poco más de quince minutos y, recorría la terminal T-1 del Aeropuerto de Barcelona-El Prat con el móvil sujeto en la mano. De vez en cuando se detenía y miraba a su alrededor, le había dicho que siguiera la línea amarilla pintada en el suelo, y que se orientara buscando el panel luminoso que vería indicando rotulado en dos idiomas, *salida-sortida*.

Pensó entonces en el tiempo, en aquella hora y unos cuantos minutos. Eso es lo que había durado su viaje. Ese es el tiempo que la tuvo separada de su destino, que la mantuvo en el aire. Y ahora, ya por fin en tierra, cada vez estaba más cerca de saborear por fin el encuentro deseado.

A pesar del hecho de vivir cerca del aeropuerto de partida, había llegado a la terminal con dos horas y media de adelanto. Ya no sabía qué hacer en casa. Toda la noche la había pasado subiendo y bajando escaleras, buscando quehaceres, cosas que la entretuvieran. Intentó dormirse en varias ocasiones, pero era tumbarse en la cama y una necesidad apremiante le hacía levantarse, notaba como que le faltaba el aire. Puso en marcha el televisor pero no le satisfacía lo que veía. Sacó la tabla de planchar y se deshizo de cuatro camisas que tenía desde hacía algunos días en aquella estantería de los asuntos pendientes. Aprovechó y también dio cuenta de la mantelería que usó en la cena de la noche de Navidad. Le parecía que el tiempo estuviera detenido, que las manecillas de aquel maldito reloj de cocina sólo avanzaran desordenadamente, así que de vez en cuando miraba el teléfono móvil y constataba dos cosas; la primera es que el reloj de cocina funcionaba a la perfección y la segunda que el último WhatsApp que había enviado aún no aparecía como leído.

Su mente trajinaba de un lugar a otro buscando los momentos, los instantes en los que habían coincidido. Intentaba recordar una a una cada palabra dicha y todas las escuchadas. Ponía las tildes y las comas en cada frase que recordaba, en cada una de las expresiones susurradas que había oído manteniendo los ojos cerrados mientras mordía sus labios. Cuánto placer le transmitían todos aquellos recuerdos. Sólo quería que el tiempo transcurriera lo más rápido posible y que llegara la hora de tomar aquel vuelo. Se quedó dormida en el sofá del salón.

Hora y media después se despertaba de golpe y con el corazón todavía acelerado por el miedo a dormirse otra vez. Tomó la decisión de darse un

baño y prepararse para ir al aeropuerto.

La noche anterior, como hacía siempre ya por costumbre, se preparó la ropa que intuía llevaría puesta ese miércoles a su llegada a Barcelona. Las predicciones decían que sería un día un tanto frío pero tampoco era nada extraordinario, febrero tenía por norma cumplirlas. Se acordó de aquel dicho que oía a su madre muchas veces repetirle y que este año no fue la excepción, abrígate niña por febrero con dos capas y un sombrero.

Eligió un vestido rojo estampado que colgaba de su armario junto a aquel otro de un sutil tono buganvilla y al que tanto cariño tenía. Cada vez que abría su ropero y lo veía, no podía abstenerse de tocarlo, de acariciarlo e incluso de olerlo. A pesar del tiempo seguía teniendo un olor a cítrico, un olor que no podía quitarse de la memoria, un olor que su cerebro retenía.

De repente un sinfín de sensaciones inundaban su mente. Hacía tiempo que no se detenía frente al armario y cerraba los ojos dejándose llevar. Esta vez se sujetó con ambas manos a las puertas mientras apretaba con fuerza. Cerró los ojos y separó ligeramente las piernas. Pasaron apenas tres minutos pero notó un cosquilleo, un torrente de emociones y rozó la zona de confort servida con placer en su cerebro. Abrió los ojos y se miró en el espejo. Su mirada reflejaba el nivel de excitación y sus mejillas sonrosadas la delataban. Acababa de tener una sensación parecida a un orgasmo y el corazón le latía acelerado.

Sobre el butacón de su habitación reposaban todos los complementos que había comprado unos días antes, aunque siempre le parecían pocos. Aprovechó haber ido al departamento de viajes del centro comercial que solía visitar con regularidad y, después de recoger el billete de ida se acercó a la sección de lencería. Optó por un conjunto de encaje muy sexy de la firma Simone Pérèle. Ella tenía clarísimo sus gustos y siempre decía que se tenía que vestir tan bien por fuera como por dentro. También conocía los gustos de su amado, pero esta vez quería sorprenderle aún más y puede que tal vez lograra conseguirlo.

La teoría de los seis grados.

Cómo pasa el tiempo, pensó.

Habían pasado ya tres largos años. Llevaba la cuenta matemáticamente, mil ciento sesenta días la separaban de aquella primera vez que voló a la Ciudad Condal a mediados de aquel mes de diciembre. Pensó que los días superaban incluso la distancia en kilómetros que les separaba al uno del otro. Sonrió para sí con un ligero aire sexy, entre coqueta y maliciosa, pues recordaba aquel viaje y todo lo que aconteció. Cuatro días que cambiaron todo lo que hasta entonces tenía preestablecido, aquellos cuatro intensos días en los que pudo saborear el tiempo minuto a minuto, poco a poco, como él quería.

Comenzó a acordarse de qué manera había sucedido todo cuando ya estaba sentada en la sala del aeropuerto, delante de uno de aquellos paneles que le señalaría la puerta de embarque.

Recordó los años que vivió en Barcelona por aquel trabajo que la había obligado a residir allí. Pensó que si no hubiera sido por eso, seguro que jamás le hubiera conocido a pesar de la famosa *teoría de los seis grados de separación*,^{pag.159} de la que dicen que ahora ya sólo se necesitan cinco.

Revivió una vez más, como ya había hecho en muchas otras ocasiones, lo que él le contó.

Me contó que aquella mañana, como tantas otras, subió al autobús que nos llevaba a trabajar y que me vio allí sentada. Por las fechas en las que hablamos, entonces yo debía llevar un par de semanas en la ciudad y el

descontrol de mi nueva vivienda y la dificultad con el idioma, me llevaba de cabeza aunque yo ya había empezado a practicar cuando supe que tendría que pasar un tiempo aquí.

Siempre me sentaba en el mismo lado junto a la ventanilla, es una cosa que suelo hacer cuando viajo, también cuando duermo en una cama me gusta el lado de la ventana. Me contó que se fijó en mí y que ansiaba conocer mi nombre. También me dijo que se pasó días sin poder ni siquiera saber el color de mis ojos, el de mis labios sí, que unas veces iban maquillados de un rojo intenso y otras con un sutil tono rosado según la reunión que tuviera prevista. No podía saber cómo era mi timbre de voz, mi altura, mi... siempre iba con la vista pegada al móvil escudriñando páginas con el dedo pulgar. Era mi oficina particular, mi rato libre para conectar con mi gente, para leer los comentarios de mis amigas a las que echaba de menos. Era mi momento de no querer saber nada de nadie que no fueran los que aparecían en aquella pantalla.

Hasta aquel día. Me relató algo así: Hoy, mi sitio habitual estaba ocupado por una pareja adormilada, así que me he sentado algo más adelante en el sentido contrario a la marcha y sólo una hilera de asientos nos separaba. Hoy, he podido mirarte mejor, escondida bajo una hermosa mata de cabellos rizados con un ligero toque color caoba. Y de repente alguien ha subido al autobús, ha pasado por mi lado, se ha parado a tu altura y he oído como preguntaba...

—¿Raquel?

Y ahí fue cuando supo cómo me llamaba.

Raquel sorprendida levantó la cabeza y el cabello alborotado dejó paso a unos preciosos ojos oscuros y brillantes, quizá un tanto rasgados, y una expresiva sonrisa inundó su rostro al ver a la persona conocida. El ¿Cómo tú por aquí? Ahora vivo aquí. ¡Pero si te llamé muchas veces! Cambié de móvil. Ambas cogidas de las manos. Dame tu número... le dijo la amiga, a mí no me hizo falta papel, quedó grabado en mi memoria casi automáticamente.

De repente sabía su nombre, sabía su número de teléfono, conocía su olor a vainilla o canela de los días que me sentaba tras ella, había visto sus bonitos ojos, su cautivadora sonrisa y ese acento al hablar... un acento que me resultaba familiar pero no sería capaz de decir exactamente de dónde. Ahora sólo me faltaba componerla en tres dimensiones, su altura, su porte, su manera de andar... Pero cada día yo me bajaba del autobús siempre antes que

ella. Siempre, hasta el día que decidí llegar tarde al trabajo y bajarme allí donde ella lo hiciera.

Aquel día llevaba un vestido que no le llegaba a las rodillas. Las piernas enfundadas en unas medias de un tono azul que no sabría determinar y que combinaban con el estampado del vestido que lucía, de un tono azulado oscuro con dibujos granates que hacían juego con el esmalte de sus uñas. Estaba claro que dedicaba parte de su tiempo por las mañanas a armonizar, perfumar y maquillar aquel cuerpo femenino que transitaba adornado por unas amplias caderas que cubría con su abrigo justo antes de bajarse. Ahora ya había cuadrado todo el círculo, sus aproximados 165 centímetros de altura, si no más, hacían que sus bonitos zapatos de tacón cobraran todo el protagonismo a esas horas de la mañana. Aquel día al bajarse giró un segundo la cabeza y hubo tiempo para cruzarnos fugazmente las miradas, una suave mueca de sonrisa se dibujó en su rostro y yo naturalmente me quedé inmóvil viendo cómo se cerraba la puerta, cómo se alejaba taconeando y cómo, claro está, al pasarme de parada llegaba tarde a trabajar.

A partir de aquella mañana cuando me subía al autobús me encontraba siempre con su mirada y con una sonrisa cómplice que duraba apenas unas décimas de segundo. *Bon día*, le dije un jueves de finales de otoño. *Buenos días* me contestó y esta vez la mirada duró al menos dos segundos que a mí me parecieron mil. Dos semanas después de aquello un día me senté a su lado. *Está todo ocupado*, le dije. Ella miró a un lado y a otro de aquel monumental autobús articulado. Después me miró a los ojos y sonrió coqueta, el vehículo naturalmente iba casi vacío. No dijimos nada hasta que llegó mi parada y me bajé despidiéndome con un, *hasta luego*. Dos días después, al subirme al autobús, me percaté que había una persona sentada a su lado y lamenté el hecho. Tomé asiento algo más allá después de decirle... Hola Raquel, con la mirada y ella casi al instante le pidió salir a la persona que tenía al lado y vino a sentarse junto a mí. Yo le cedí el asiento junto a la ventanilla. *Bon día*. *Buenos días* me contestó y tendiéndole mi mano le dije...

—Me llamo Víctor.

—Raquel me llamo yo.

— 3 —
Ser sibarita.

Los viajes en autobús se sucedieron de lunes a viernes y los fines de semana no nos veíamos. No fue hasta algún tiempo después que un lunes en el que al sentarme la pregunta solía ser ¿Qué tal te ha ido el fin de semana? Lo cambié por ¿Qué te parece si quedamos un domingo y así no tengo que preguntarte el lunes cómo te ha ido?

—Y ¿Qué te parece si quedamos un viernes y así disfrutamos los dos juntos de todo el fin de semana? —me contestó ella.

Aquel fue mi primer fin de semana con aquella bonita mujer, que me había fascinado desde el mismo instante en que la vi. No me preguntes por qué, no sabría decírtelo, pero había algo que me atraía de ella, a pesar de haber tardado un tiempo en descubrir todo su enorme potencial escondido. Aquel día a principios de invierno, decidimos pasarlo en la nieve. Ella tenía ganas y yo hacía ya mucho tiempo, incluso demasiado, que no la pisaba.

La invité a pasar nuestro primer fin de semana en la casa que tengo a medio camino entre aquí y Andorra, ese pequeño enclave entre montañas que fascina por su complejidad urbana. El viaje en coche de hora y media transcurrió entre risas amasando todo el nerviosismo de dos personas que se lo están contando todo.

Ahí supe su situación personal y familiar. Me contó algunas confidencias y yo le conté las mías. Todo normal. Todo natural. Todo fluía como se suponía estaba predicho de antemano y sabiendo que, sencillamente, no estaba previsto que fuera a ocurrir nada. Apareció en mi mente aquella frase de...

nunca en la primera cita.

Paramos a mitad del camino para tomar un café, aunque ella lo pidió descafeinado, decía que a veces el café le quitaba el sueño y que a ella le gustaba soñar. Algunas veces lo hacía estando dormida y otras despierta, argumentó. Eran poco más de las siete y media de la tarde cuando estábamos casi llegando a destino. Le comenté si le parecía bien que pasáramos por mi casa y así entraba un momento a conectar la calefacción y luego, siguiéramos un poco más adelante hasta un pueblo cercano a tomar una copa y cenar, si no le parecía demasiado pronto.

—Acostumbro a cenar sobre las ocho así que me parece una idea perfecta —señaló.

El restaurante está a pie de carretera, justo a la entrada del pueblo, con un pequeño garaje lateral en el que aparqué el coche a nuestra llegada. Antes, en casa, mientras subía al piso de arriba y conectaba la calefacción, llamé para comprobar que estuviese abierto y reservé una mesa para dos, la del fondo si puede ser, le dije.

—¿Qué te apetecería cenar? —le pregunté cuando estábamos ya de camino.

—Uiss, pues no sé, la verdad. Esperaré a ver la carta, igual así me inspiro un poco. Tal vez tú quieras sugerirme alguna cosa en particular.

—¿Carne o pescado? —añadí.

—Creo que pediré carne.

—Si me permites, esta noche elegiré la cena.

—Desde luego. Sorpréndeme, por favor.

La idea me parecía sencilla además de una motivación más para entablar una conversación alrededor de la mesa. Yo ya había estado alguna vez en aquel buen restaurante, así que partía con ventaja desde el primer momento.

Al acercarse el sumiller me saludó por mi apellido, así que ella giró la cabeza hacia mí y abrió los ojos mirándome fijamente.

—¿Te apetece tomar un blanco o prefieres un tinto con la carne, Raquel?

Llamarla por su nombre hizo que prestara toda su atención e incluso, que dudara unos largos segundos. Me miraba con una sonrisa leve pero directa, me observaba fijamente los ojos.

—¿Te parece si pido un blanco y luego si...?

—Oh, sí sí perdona, blanco por favor.

Levanté la vista y sin abrir la carta me dirigí al sumiller pidiendo una botella de Cérvoles blanc.

—¿Le parece bien del 2014?

—Del 2016, si puede ser.

—Perfecta elección, una añada excelente.

Cuando se retiró nos cambiaron las copas y trajeron un vasito de caldo de carne con aromas de romero para abrir boca. Fue entonces cuando me dijo en un tono sugestivo.

—Bueno, cuéntame. Te he visto muy suelto.

—He venido otras veces a comer aquí.

—Sí, ya, pero llamarte por tu apellido...

—Ya venía desde pequeño con mi padre.

—Estás hecho un sibarita.

Sibarita, esa fue la primera vez que pude escucharla decirme esa palabra, vendrían más pero en otras ocasiones y otras circunstancias.

Trajo la botella y la descorchó preguntando por quién la cataría, hice una señal para que fuera ella y pude observar cómo me miraba y se sonrojaba al instante.

Levantó su mirada después de saborear el vino y me dijo coqueta, *perfecto*.

—Perfecto, opina la señora. —constaté.

—Este vino nunca falla —me respondió el sumiller al mismo tiempo que nos servía las copas y se retiraba de la mesa.

Acto seguido vino a tomarnos nota de la comida y, sin abrir tampoco la carta, pedí dos menús degustación. La señora lo tomará de carne y yo lo haré de pescado. Así que asintió con la cabeza y seguidamente se llevó mis cubiertos para cambiarlos por los de pescado.

—¡Fascinante! —dijo asombrada.

—¿Te gusta el sitio? —le pregunté.

—Me gusta tu forma de hacer las cosas.

El menú degustación se compone de cuatro platos, mejor dicho, cuatro exquisitos bocados y dos deliciosos postres que, sin duda alguna siempre te dejan un excelente sabor de boca y nunca sabes cuál de los cuatro te gustó más. A todo esto, cabe añadir que le daba a probar mis bocaditos de pescado y estuvimos bebiendo plácidamente de aquel vino afrutado con toques cítricos y notas de gran intensidad. Le ofrecí la posibilidad de pedir una copa de vino tinto acorde con su plato, pero se negó, dijo que no quería perderse la ocasión de degustar aquel vino profundo e intenso. Parecía gustarle mucho pues así fue tal y como lo describió.

La velada se fue alargando entre plato y plato. Al llegar a los postres el

ambiente estaba de lo más distendido y se notaba ya una complicidad entre ambos, difícil de enmascarar.

Comentó Raquel que no pensaba que le iban a resultar tan exquisitos los platos, aunque viendo el restaurante está claro que cocinan muy bien. Todo delicioso y los postres... hizo un gesto mordiéndose el labio inferior y soltando un leve sonido de placer.

—¿Te han gustado?

—¡Me han encantado...!

Pedí un café para mí, ella lo desestimó con la cabeza. No estábamos muy lejos de casa pero habiendo bebido vino, tenía que dejar transcurrir un tiempo para coger el coche con tranquilidad así que continuamos charlando de todo un poco de ese modo ameno que se charla cuando dos personas están totalmente cómodas. De pronto hablábamos de cine o de eventos de su ciudad o incluso de la mía, pero al mismo tiempo le dedicábamos minutos de conversación lo mismo al trabajo, que a su profesión o a los motivos que la habían traído hasta Barcelona. No había ninguna prisa y teníamos todo el fin de semana por delante. Hacía bastante frío pero me animé después de unos veinte minutos de sobremesa a invitarla a salir a la calle. Le dije que no había mucho que ver y menos a esa hora pero un corto paseo por los soportales que están cerca del ayuntamiento, tal vez le apetecería. Allí nos dirigimos sin prisas. Media hora después, cuando el frío comenzaba a meterse entre las ropas nos pusimos en marcha. Apenas quince minutos más tarde aparcaba el coche en la puerta de mi casa.

Dicen los entendidos que la primera impresión es la que cuenta, que esa es la que te marca, y ella me transmitió una sensación de absoluto bienestar al entrar en mi casa. Miró a ambos lados. Un hogar entrañable, y esta estancia tan diáfana lo hace más agradable, me dijo. Prendí la chimenea, así que pronto los leños dieron ese color cálido y ese calor especial que acompaña seductoramente las noches de invierno.

Pura necesidad.

Saqué del coche aquella bolsa de piel donde llevaba su escaso equipaje y la invité a subir a las estancias del primer piso, de los tres de los que se compone la casa. Le mostré su habitación, su cama, le dije donde tenía el baño, toallas limpias y luego le comenté que yo dormiría arriba y que ya mañana, de día, tranquilamente, le mostraría todos los rincones incluido el patio exterior y los alrededores. Ni puso objeciones a mi propuesta ni tampoco hizo comentario alguno.

Eran poco más de las once de la noche a todo esto y le pregunté si ya tenía sueño y quería acostarse o quizá contemplar un poco el crepitar del fuego de la chimenea. Quería bajar, comentó no tener nada de sueño y añadió además que se tomaría otra copa de aquel vino. No tengo aquí de esa bodega pero, si quieres, sí que puedo ofrecerte una copa de cava. Así que mientras yo bajaba y me disponía a poner la botella un ratito en el congelador, aunque ya llevaba días en el frigorífico, la empecé a que se pusiera cómoda. Si no has traído batín o albornoz y quieres ponerte uno, hay uno mío en el primer cajón de la cómoda. Yo me pondré un pijama, si no te importa, pero primero enfrío bien la botella.

Unos minutos después de haberme cambiado y estando avivando el fuego de la chimenea apareció Raquel con un pijama de franela rosa con dibujitos, calcetines también con dibujitos de leopardo albino y unas zapatillas a juego. No se había puesto mi batín así que la sensación de total libertad de aquel cuerpo y el movimiento de aquellos pechos provocó en mí una reacción que acabó con mis primeras miradas furtivas.

La invité a tomar asiento y le ofrecí una de las mantitas que están a los pies del enorme sofá. ¿Azul o marrón? Le ofrecí. Tomó la azul y se la puso sobre los pies que había subido al sofá. Me dispuse a preparar las copas y servir el cava.

Descorché la botella casi sin ruido y comenté que hay gente que se asusta al oír el *plop* del tapón. Curiosamente me comentó que a ella le encantaba ese sonido, igual que el que producen las tormentas, con sus rayos y sus truenos. La próxima la tendré que abrir ruidosamente, le dije, y los dos nos echamos a reír.

Brindamos con la primera copa y al chocarlas lo hice diciendo... por una amistad de muchos años. Que así sea, me contestó. También subí los pies al

sofá y tomé la otra mantita, pocos minutos después se había estirado totalmente y reposaba su cabeza sobre mi costado mientras yo sólo me atreví a mantener una mano apoyada sobre su hombro.

—Cuéntame más cosas de ti, Raquel.

Pasados unos segundos de silencio comenzó a sincerarse conmigo, pensé que hablaríamos de cosas banales pero de repente se abrió ante mí una mujer llena de sensibilidad y de inquietudes contándome que tenía hijos, que había tenido problemas con el padre de estos y que se había divorciado recientemente. Me hablaba de que tomó la opción de venirse un tiempo aquí, a mi ciudad, para alejarse un poco de todo lo que la rodeaba. Le salió la posibilidad de un traslado temporal y la cogió. Cuando dijo temporal a mí se me encendió una luz roja de alerta. Siguió contándome que sus niños estaban unos días con su madre, la abuela, y otros los pasarían con su padre. Me habló de a qué se dedicaba y cuál era su profesión, cosa que yo no me había atrevido a preguntar todavía. Y así, entre una cosa y otra, iban pasando las horas. Le sujeté la cabeza y le ofrecí un cojín. Me levanté y serví de nuevo las copas de cava. Avivé el fuego con un par de troncos más, momento en el que ella se incorporó para poder brindar.

—Cuéntame tú, me dijo ella ahora.

No creas que tengo mucho que contarte, le dije. Me divorcié hace ahora unos seis años, y me dedico plenamente a mi trabajo, así que voy intentando poco a poco sacarlo a flote. No son buenos tiempos para mi negocio y aspiro poder llegar a la jubilación por mis propios medios. Se echó a reír diciendo que todavía era muy joven para pensar en la jubilación. En ese momento constatamos que diez años nos separaban y en su caso parecían muchos más, pues en absoluto aparentaba su edad. Parecía mucho más joven.

Cuando acabamos la botella y algunas onzas de chocolate, ya eran casi las dos de la mañana. Le ofrecí retirarnos a descansar y mientras ella subía yo apagué las luces y aseguré la chimenea. Al subir a la primera planta vi que estaba en el baño así que le dejé la luz encendida de su habitación y yo me subí a la mía.

Unos cuantos minutos más tarde cuando oí que salía del baño, bajé para darle las buenas noches. Entré en el baño, hice un pis antes de acostarme, me lavé los dientes y me acerqué a su puerta que permanecía algo entornada.

Toc, toc, dije sonoramente. Di dos golpecitos y un segundo después metí la cabeza. *Buenas noches, Raquel. ¿Mañana desayunamos juntos?* le pregunté riendo. A lo que me contestó.

—¿Dónde vas?

—¿Ahora? Arriba, claro.

—Anda no seas tonto y ven aquí. —me decía abriendo la cama de un lado e invitándome a entrar en ella. El hecho de verla semidesnuda y con la luz tenue de la mesita, ya fue motivo más que suficiente para entrar y entornar la puerta. Lo que vino después fue una explosión de sensaciones, pues si ya era toda una mujer que vestida excitaba positivamente la imaginación, desnuda, todavía encendía más la mecha. Al meterme en la cama me miraba a los ojos, había en ellos un brillo especial, una nota de cariño, un déjame disfrutar de ti. Sabíamos ambos que aquello iba a ser algo pasajero, algo realmente efímero desde el principio mismo, algo quizá percedero como la mejor de las frutas, pero a pesar de eso decidimos que debíamos darnos los dos, el placer de compartirnos mutuamente.

No recordaba el gusto que da ir mucho más allá de hacer el amor. La satisfacción que se siente al dejarse llevar por el sexo total, definido en su más pura expresión. Intenté controlar lo incontrolable, intenté darle placer al estilo más puro, pero a la segunda vez, en la segunda explosión de su cuerpo, tomó aquella bonita mujer las riendas y entendí perfectamente qué significaba lo que había oído decirle un rato antes sobre ponernos del derecho y del revés.

Tener sexo con Raquel se convirtió desde entonces en pura necesidad.

— 5 —

Complicidad no escrita.

Llegaron las ansiadas navidades pero con ellas llegó también el inesperado regreso de Raquel a su ciudad natal. La repentina muerte de su padre hizo que tuviera que dedicarse por completo a la familia y especialmente a su madre, que había caído en una profunda depresión.

La Ferretería familiar heredada de su abuelo se quedaba de repente sin

sucesión y menos aún continuidad en la familia. Aunque su madre estuvo durante años mano a mano con su marido al frente del negocio, los últimos siete años ya no iba por allí. Sus dolores de espalda y sus piernas hinchadas le impedían desplazarse hasta la tienda y mucho menos aún pasarse horas de pie detrás del mostrador. Su padre había contratado un aprendiz y luego otro y después otro, pero cuando tenían posibilidad se buscaban cualquier trabajo que estuviera mejor remunerado y se alejaban de allí.

Un negocio antiguamente próspero y solvente pero que con el paso de los años y las grandes superficies, había ido quedando relegado a algo puramente anecdótico y al que mucha gente acudía para hacer fotos del local, de sus estanterías, de su decoración, de su mostrador o incluso de su caja registradora. Todo se había detenido y anclado a finales de 1898 cuando aquel edificio de finca regia había puesto la última piedra de su construcción.

Hacía poco más de cuarenta años que su ciudad, Córdoba, la veía venir al mundo. Desde entonces Raquel había vivido allí y sólo cuando pidió el traslado a Barcelona fue la primera vez que se encontró con residencia en otra ciudad. Quería dejar atrás los sinsabores de su divorcio. Le ofrecieron la posibilidad de trasladarse por el cambio de las oficinas centrales de su empresa a Barcelona y ella aceptó cuando supo que tenía el apoyo de sus padres y de su hermana. Aquella empresa farmacéutica la tenía en muy buena consideración y el traslado le iba a suponer una mejora laboral y salarial que claro, en aquellos momentos le hacía mucha falta. El nuevo cargo de ejecutiva en la administración de ventas le suponía pasar de gestionar un tercio de Andalucía a hacerse cargo de toda la costa este de la península, cosa que la motivaba y le suministraba nuevos retos que nunca rehusaba llevar a cabo.

Ahora tocaba el duro trance de vender o traspasar la ferretería, y su madre no soportaba la idea, pero ambas, tanto ella como su hermana siempre habían dicho que no querían encerrarse entre aquellas cuatro paredes el resto de sus vidas, cosa que su padre aceptó e incluso apoyó pero su madre nunca les perdonaría.

Iban pasando los días, caían las semanas y se sucedían las gestiones que implican cerrar un negocio así. Después vendría el testamento con la herencia de unas tierras e incluso el... ¿Qué hacemos con el coche de papá? Estaba llegando la primavera y cada vez quedaba más lejos aquel hombre que la había cautivado desde el primer momento en que habló con ella, aquel hombre que había conseguido sacarla de su cerebro el trauma vivido con su

pareja anterior y aquel hombre del que llegó a enamorarse no se sabe cómo. Imagino que como ocurren tantas cosas en esta vida, sin explicación.

Aquella mujer ahora morena, con su porte y su belleza que no pasaba inadvertida, de repente se había convertido en una mujer triste, haciendo aquello que tenía que hacer pero no haciendo lo que verdaderamente deseaba hacer. Necesitaba más que nunca sentirle cerca, tenerle cerca y aunque cada dos o tres semanas o algunas veces una vez al mes estaban juntos, estaba muy claro que ella quería más, deseaba mucho más. En ocasiones se dedicaban sólo a pasear cuando se veían. Comían juntos o incluso cenaban juntos pero él tenía que volver a su ciudad. Otras sin embargo no salían de la habitación del hotel desde que llegaba hasta que se iba. Se resarcían de las ganas acumuladas por ambos durante semanas y dejaban así, que la lujuria flotara en el ambiente.

— 6 —

Sosegada calma.

Durante todo aquel tiempo después de su primer encuentro en la casita del pueblo, se habían seguido viendo pero con mucha menos regularidad que la que ambos hubieran querido. Intentaban coincidir algunos fines de semana y también alguna semana entera, de esas que puedes tomar de libre disposición.

Las mañanas de camino al trabajo eran mucho más amenas, mucho más cómplices. Su relación se fue afianzando más con el paso del tiempo, pero aquella abrupta separación puso entre ellos un abismo que en principio parecía insalvable. Durante todo el tiempo en el que no la veía, en el que no estaba con ella, la sensación de quererla se agudizaba más y más. Tenía claro que no podía formar parte de su vida de la noche a la mañana. Tenían claro ambos que todo era muy difícil. Y ahora, la distancia aparentemente insalvable en la que ninguno de los dos quería pensar y ninguno quería obviar, estaba poco a poco haciendo mella en la relación.

Ese periodo de tiempo en el que Raquel estuvo lejos de él, lo suplían con

largas charlas telefónicas en las que algunas veces, por no afirmar que ocurría casi la mayoría de ellas, empezaban hablando de sus trabajos, de cómo llevaba la venta del local, o hablaban del tiempo, del problema habido con la vecina o con el cartero, daba igual. No había logística de por medio, no hacía falta hablar de llenar la nevera o de que había que comprarle zapatos nuevos a los críos que se le quedaban ya pequeños los que tenían. No hablaban de si la lavadora estaba tendida o de si la ropa para planchar se iba acumulando, así que tenían más tiempo para hablar de ellos. Para hablar de sus deseos.

Entonces el razonamiento derivaba y poco a poco conversaban haciendo hincapié ya en sus necesidades. Hablaban del tiempo que hacía que no se veían. A veces solo eran horas que les parecían días. Te necesito aquí y ahora. Te amo o cualquier palabra que diera alguna muestra de cariño, acababa con interminables suspiros y aportando clímax a la conversación. Después de aquel tiempo ya no había ni tapujos, ni secretos ni tampoco palabras prohibidas. Por el tono sabían si quizá el otro necesitaba apretar aquel pulsador rojo que encendía todas las alarmas. Sabían cómo llegar a calmar aquel fuego hasta extinguirlo. Sólo había que recordar en voz alta una caricia, un detalle, algún motivo sencillo y de repente se oía el primer gemido, que sutilmente acompañaba aquella voz melodiosa y que poco a poco dejaba paso a los jadeos.

Aprendieron también en ese tiempo a darse sexo por teléfono. Lo sé, puede parecer absurdo e incluso enfermizo para algunos, pero tengo que reconocer que debería ser una terapia fácil de aprender e incluso debería ser obligatoria en muchos casos.

Cuando has probado todo el placer con una persona, cuando la has tenido en tu casa, en tu cama, o cuando le has susurrado al oído aquello que estás viviendo, aquello que deseas o que estás sintiendo en ese instante y puedes ver como su cuerpo se funde literalmente, como poco a poco, lentamente en algunos casos y en otros alborotadamente, se arquea, se rompe en mil pedazos para luego recomponerse de nuevo entre gemidos. Cuando has saboreado esos labios que a gritos piden ser calmados de algún modo. Cuando todo eso lo has tenido en la punta de tus dedos o en la punta de tu lengua, es muy fácil recordarlo, es muy fácil cerrar los ojos y revivir aquel instante y sugerir una caricia, un recuerdo, un sonido, aunque estéis en ese preciso instante inevitablemente a más de mil kilómetros de distancia.

Después de todo aquello venía la calma, esa sosegada calma con unos segundos de silencio. Un silencio acompañado. Segundos en los que ambos

vivían en aquella soledad compartida a distancia. Instantes en los que aún con los ojos cerrados y las manos llenas de placer, oían la respiración descompensada de la otra parte en algunos casos y en otros, sólo permanecían con el cerebro alborotado y apretando los labios, pues estaban ella o él asistiendo a los últimos compases de aquella orquesta que se dejaba oír al otro lado de la línea telefónica. Muchas veces llegaban ambos al orgasmo al mismo tiempo, pero no era aquella su máxima ambición. La mayoría de las ocasiones de uno u otro salía la necesidad de escuchar primero y recrearse en los sonidos después, para llegar a deleitarse y poder deleitar sencillamente también.

Había entre ambos una complicidad no escrita con unos resultados asombrosos.

—No sé cómo lo haces. Tampoco sé cómo es que yo me presto a ello de este modo. Sí, sé lo que ocurrirá al descolgar el teléfono, pero cada vez que pasa, cada vez que veo tu cara en la pantalla de mi teléfono noto que me encuentro mucho más excitada.

—Me encanta follarte el cerebro, le contestó.

Después de unos cuantos meses, el puesto que ella ocupó en Barcelona lo habían cubierto con otra persona, y cuando decidió informar de su reincorporación al trabajo, le comunicaron que la iban a destinar a las nuevas oficinas del edificio que la empresa había comprado en Lisboa. Todo parecía casi perfecto, de nuevo estaba bien considerada y su nuevo destino de trabajo incluía además una mejora sustancial de su nómina. Por otro lado, la nueva ubicación la dejaba mucho más cerca de su ciudad natal y por ende de su familia, pero por otro lado la alejaba todavía más de la persona que desde hacía ya algunos meses ocupaba al cien por cien su mente y su cerebro.

¿Cómo iba a explicarle que en lugar de estar más cerca de él se iba a alejar más todavía? Jugó la baza de hacerle ver que desde Barcelona a Lisboa había muchísimos vuelos. Ganaba mucho respecto a estar en Córdoba, donde la única posibilidad estaba en llegar por tierra a pesar de contar con un aeropuerto.

Aunque continuaron viéndose y siguieron llamándose cuando podían, la distancia parecía que iba enfriando poco a poco la relación. Víctor no la olvidaba, no podía, pero por otro lado necesitaba tener contacto físico con ella.

Sus expresivos ojos azules.

Víctor se definía a sí mismo como un tipo corriente, básico decía él. Todo aquello que a Raquel le parecía extraordinario él pensaba que era de lo más normal, tanto en las relaciones sexuales como en las relaciones sociales.

No era una persona que hubiera ido a la universidad, pero debido a diversos trabajos, le hicieron madurar profesionalmente y ver cosas que los demás ni siquiera reparaban en ellas.

Tal vez era eso lo que le hacía diferente, tal vez era eso lo que había encandilado a aquella mujer y lo había hecho de aquel modo.

Venía de una familia acomodada pero sin lujos. Su padre y también sus abuelos maternos habían trabajado la tierra en unas parcelas bastante grandes, cerca de Montagut, en Lleida. Él finalmente acabó yéndose a la ciudad, cosa que su padre siempre le recriminó, su madre por el contrario le entendía perfectamente y un tiempo después de la muerte de éste, que le sobrevino trabajando en la finca, decidieron arrendarla a unos conocidos de la zona para no desprenderse de ella. Su madre aún estuvo un tiempo viviendo en la casa del pueblo pero al final tuvo que llevársela a la ciudad, a pesar de su total disconformidad. Una enfermedad se la estaba llevando lentamente. Todavía llegó a vivir seis años y unos meses más con él, aunque desgraciadamente ya no le reconocía.

Víctor estuvo casado durante algunos años pero aquel matrimonio no llegó

a funcionar. Se prometió a sí mismo no volverse a enamorar pero, aunque lo había conseguido con las mujeres con las que había estado, ahora con Raquel la cosa tomaba otro cariz y parecía que iba a incumplir su propia palabra dada, iba a incumplir la promesa que se hizo a sí mismo.

De repente aquella mujer había conseguido un sinfín de cosas a la vez. Por un lado Víctor se sentía mucho más joven desde que la había conocido y desde aquella noche que pasaron juntos en su casa. Por otro, los poco más de diez años que les separaban no hicieron mella en él en ningún momento, al contrario, le parecía estar viviendo una segunda juventud. Por fin había podido tener una mujer entre sus brazos que alababa y disfrutaba la forma que tenía de amarla, de mimarla y de llevarla hasta límites que ninguno de los dos había experimentado hasta ese preciso momento.

Por otro lado no es que Víctor fuera un tipo excesivamente delgado, tampoco musculoso, su atractivo quizá radicaba, como le había dicho en repetidas ocasiones Raquel, quizá un tanto por la barba corta, muy corta, de un color gris aunque ligeramente blanca, como por sus redondos y expresivos ojos azules. Era la opinión de ella, a la que él no le daba importancia. Su estatura unos 10 centímetros por encima de ella, hacía que cuando paseaban, su mano izquierda pudiera descansar plácidamente sobre su cadera y que al andar ambos agarrados de este modo, le podía transmitir toda la carga de sensualidad de aquel dulce bamboleo de sus caderas a través de su mano y a través de su brazo, hasta el cerebro.

Víctor era propietario de una librería en la ciudad y no corrían buenos tiempos para el papel en aquella época. Se resistió a vender o incluso a alquilar. Su intención era clara, radicaba en intentar aguantar los años que le quedaban para jubilarse, y se resistía a sucumbir ante los envites de la tecnología y de las grandes superficies. Ahora también por el auge de la creciente venta online y la digitalización. Él mismo había abierto su propia web, pero las ventas a través de este medio no eran las que cabía esperar.

En más de una ocasión había pensado en dejar aquello y montar un pequeño bar de tapas. Desde que se divorció, cuando venían a su casa los amigos siempre les sorprendía con alguna tapita nueva o algún vino que casualmente le habían recomendado. También conquistó a Raquel por el sentido del gusto pues era una admiradora de aquellas *delicatesen* como ella las llamaba. Quizá eso le llenaría en la etapa final de sus días de trabajador. O tal vez todo quedara en otro de sus sueños no cumplidos.

Me moría literalmente.

Por fin, pensé que este momento no iba a llegar nunca. Estoy con los nervios a flor de piel aquí sentada en este avión que me llevará de nuevo a Barcelona, esa ciudad de la que guardo por fortuna tan buenos recuerdos.

Ahora que por suerte sé todo lo que sé, me cuesta todavía más poder entender aquellas conversaciones de chicas en las que nos sincerábamos y en las que a todas les apetecía contar sus aventuras, sus experiencias o su forma de adoptar una nueva postura sexual y ponerse así o asá. Yo siempre intento mantener mi relación con Víctor en el anonimato. No es que sea celosa pero me gusta guardarlo para mí.

Me viene a la memoria y me rio de la última ocasión que nos juntamos todas frente a una copa de vino blanco, bueno, normalmente la conversación se alegra y toma tono a la segunda o tercera copa, si es que no cae alguna más.

Aquella tarde noche fue el turno de Pilar que sin esperarlo se sinceró. Llevaba ya algunos días alardeando de un chico al que le estaba tirando los tejos y que quería llevarse a la cama. A este me lo tiro yo, fijo, decía. Después de la tercera copa Carmen le preguntó por él y su respuesta fue más bien evasiva. Las risas de las presentes no se hicieron esperar y Pilar acabó contándonos que el chico anduvo toda la velada queriendo tener relaciones anales y que cuando ella le mostró que tenía muchas más alternativas y se le abrió de piernas para que hundiera entre ellas su cabeza... sí, se le veía ahí abajo, pero para mí era como si estuviera lamiendo un codo, lo dijo así, literal. Unos cinco segundos de silencio. Un silencio que se podía casi

masticar. De pronto a Carmen que estaba con la copa de vino en los labios le vino la risa y sin poder aguantarse le salió el vino que tenía en la boca disparado a presión vaporizada y todas nos pusimos a reír escandalosamente, cosa que llamó ampliamente la atención y contagió incluso a Pilar que acabó, como no podía ser de otra manera, riéndose a carcajadas. Luego ya nos encargamos entre todas de poner verde al “*señor de los codos*”.

En este nuevo viaje la cosa derivaba mucho más allá y las expectativas de pasar unos días de lujuria con Víctor hacían que llevara ya una semana súper excitada. Yo me iba diciendo a mí misma: Raquel, se parece a tu primera cita. Y es que en el fondo así era. Estaba embriagada de placer como aquella primera vez, como si de repente no reconociera sus dulces artimañas para tenerme en constante tensión cerebral y provocarme espasmos sólo de pensarlo. Pero estaba claro que no podía controlarme. Estaba claro que el conocimiento no me eximía de culpa y quería que ocurriera de nuevo, quería volver a tener aquellas sensaciones que sólo él me había conseguido provocar. Una vez eché cuentas, y eso que a mí no me gusta llevar las cuentas de nada, ni siquiera quiero las dichas tarjetas de plástico para no tener que estar pendiente de cuentas bancarias, pero sí, aquella vez eche cuentas y entendí que de los al menos ocho hombres que habían pasado por mis manos o por mi cama después de mi divorcio, ninguno, absolutamente ninguno había conseguido llevar mi cuerpo y evidentemente tampoco mi cerebro hasta límites que aunque se lo contara, ninguna de mis amigas me creería. Tenía razón Víctor cuando me decía que si cuentas la verdad es cuando la gente no llega a creerte.

Quizá él crea que es una tontería pero he ido de compras esta última semana, lo necesitaba. Por lo menos buscaba la excusa perfecta para necesitarlo. Mi armario está lo suficientemente surtido como para no justificar el gasto, pero no me negarás, cerebro mío, que cuando nos encontramos en esos momentos de excitación nada como ir de compras. Me encantan todas las tiendas de lencería. Me chifla que me aconsejen, sólo viendo mi pecho, qué es lo que mejor me sienta y lo que más me favorece.

Piedad, La Perla Gris, Undiz, Oysho, Le Boudoir, Yanira... me encanta ir con suficiente tiempo y recorrerlas todas. Esta vez si cabe, lo necesitaba todavía más, lo deseaba todavía más.

Pensé que ya lo tenía todo visto y aprendido de los hombres hasta que le conocí. Su forma de llevarte a la cama o a cualquier otro lugar no es la tradicional, puede excitarme de tal modo que estoy cenando con él y tengo

que cruzar las piernas apretando los músculos por el cosquilleo interior que me produce su voz, y acto seguido, creo que me lo nota, cambia de ritmo y me relaja de tal modo que sólo deseo estar entre sus brazos. Ya me lo advertió una vez. Me dijo que jugaría con mi cerebro antes de hacerlo con mi cuerpo y evidentemente lo hace. Siempre me tiene subida en esa mágica montaña rusa de sensaciones súper excitantes, con momentos y situaciones por descubrir. Siempre consigue que me sorprenda o que esté pendiente de con qué me va a sorprender y así me tiene, húmeda de sensaciones y buscando entre las tiendas aquello que más le pueda atraer, aquel color que crea yo que él desconozca o aquella textura diferente.

Por fin tocamos tierra, esta sensación del impacto de las ruedas del avión en el suelo y esa brusca deceleración me produce un subidón. Nunca entenderé por qué algunas personas se ponen a aplaudir, como si asistieran a una obra de teatro y ésta de repente, hubiera terminado. Está el avión aún corriendo por la pista y ya empiezan a levantarse, aunque las azafatas y ese azafato tan guapo nos hayan dicho lo contrario. El avión ya se ha detenido frente a la terminal. Conecto el móvil a toda velocidad. Algo estará tramando, sigue sin coger el teléfono. Recuerdo aquella vez que llegué a esta misma terminal en uno de aquellos encuentros nuestros y recuerdo que habíamos quedado en la zona de llegadas. Deseaba encontrarlo ahí de frente, esperando y saludándome con la manita levantada, y nada. Poco después andaba algo despistada buscando la salida cuando me sonó el móvil.

—¿Dónde vas? —me preguntó—. Que por ahí no es, mujer.

¿Me estaba viendo?

Me estaba viendo y yo me puse como loca intentando encontrarle entre la gente. Tenía unas enormes ganas de abrazarle, y él no se dejaba ver. Estuvo jugando conmigo unos minutos, dándome indicaciones, haciéndome girar y dirigiendo mis pasos, alagando mi ropa, cosa que me gustaba y también ruborizaba, comentando la altura de mis tacones, mi pelo... Me tenía totalmente ganada. Cuando me preguntó si veía el reloj grande del hall y al decirle que sí le vi allí saludándome con la mano desde el piso superior. Las piernas comenzaron a temblarme. Ahora lo recuerdo y me estremezco.

Menos mal, creí que no bajaría nunca de este avión. Suena el teléfono por fin, le veo sonriente en mi pantalla y me tiemblan las manos.

—Buenos días mi amor, pensé que no ibas a coger el teléfono nunca. Te he llamado ya varias veces y... ¿cómo que lo has visto? Me vas a decir que lo hiciste queriendo ¿verdad?

—Siempre te han gustado los retos, Raquel. Tú lo sabes, yo también, y sabes además que me gusta provocarte, así que... empieza el juego.

Me pidió que me dirigiera a la puerta de salida con el indicativo amarillo, que señala el autobús que te llevará directamente a la capital. Primero pensé que sería una de sus bromas y que me estaría observando. Sé que le encanta mirarme sobre todo cuando estamos a solas en una habitación, eso lo sé. Pero no, me dijo que se retrasaría un poco pues esperaba poder acabar un pequeño trabajo, y si yo me desplazaba sola hasta el centro de la ciudad, ganaríamos tiempo. Bájate en la última parada del bus de color azul, está delante de la puerta de El Corte Inglés, en Plaça de Catalunya. Te mando al teléfono un enlace que sólo debes pulsar y el GPS te llevará hasta el que será nuestro punto de encuentro, siguió diciéndome. Son apenas unos 500 metros desde que bajes del bus. Me esperarás en un banco que está en la esquina de Rambla de Catalunya con el Carrer Diputació. Cuando tú llegues ahí, no creo que tarde yo más de media hora, así que si te apetece podremos irnos directamente a almorzar, si tienes hambre. Ah, una última cosa quería decirte Raquel. Y en ese preciso instante me preguntó.

—¿Qué llevas puesto, un vestido tal vez?

—Lo sabes de sobra. Sé perfectamente que te encanta que lleve vestido cuando nos vemos.

—Entonces te voy a proponer otro reto. Sé querida que los retos te motivan, así que he de proponerte que antes de subirte a ese autobús, te desprendas de tu ropa interior.

—¿Me estás pidiendo que...?

—Es un reto, te gustan los retos. Yo sólo sabré si lo has cumplido cuando te vea sentada en el banco que te he indicado. No te preocupes, me verás llegar de frente con mi abrigo de color camel y mis gafas de sol. Eso sí, no tengas ninguna duda de que además lo haré esbozando una amplia, descarada y maliciosa sonrisa.

Colgó el teléfono y me quedé un minuto con la mirada perdida mirando la pantalla. Había ido un paso más allá. Me había provocado, pero yo nunca había asistido a un evento, una reunión o un encuentro sin ropa interior. Reconozco que lucir algún modelito con tirantes sin sujetador si lo había hecho pero no sin mis braguitas y hoy además llevaba un conjunto que creo que era precioso y me realizaba mucho más mis caderas.

Puede que al final me mereciera ese castigo entre comillas, que suponía

desprenderme de mi ropa interior. Reconozco que durante mucho tiempo me sentí muy mimada y consentida. Hice que aceptara cualquier capricho que yo pudiera tener y no me negó ninguno. Siempre acababa con la coletilla ¿No te atreves? Y él siempre me sorprendía haciendo todo aquello que le pedía y que ahora que lo pienso, hay cosas como para sonrojarse. Recuerdo una vez que me contó mientras estábamos en una sauna finlandesa que le gustaban más las turcas, con esa cúpula redonda las gotas de agua caen del techo y a diferencia de ésta, me dijo, aquella tiene tanta temperatura y humedad que al respirar por la boca ese olor a hierbas aromáticas le excitaban de una manera extraordinaria. Pasó el tiempo e indagué hasta conseguir quedar un día para relajarnos en unos baños que tenían la susodicha sauna. Se sorprendió pues no lo sabía. Al entrar y estar los dos solos, le dije que se quitara el bañador. ¿No te atreves? Me quité el cinturón del albornoz y bloqueé con él la puerta de entrada. Hice que se sentara al fondo sobre una larga losa de piedra y efectivamente su grado de excitación no dejaba duda alguna. Jugué con él hasta que ya no pudo contenerse. Luego le besé con ganas antes de quitar el cinturón del pomo de la puerta. Había personas fuera esperando y les dijimos que tuvieran cuidado que la puerta se bloqueaba. Una vez fuera de allí me dijo que se las pagaría y creo que se está vengando.

Salí del baño de la terminal 2 directamente a tomar aquel autobús, con toda aquella carga de excitación y de lujuria que no pude aquietar ni siquiera habiendo disfrutado de aquel intenso orgasmo hacía dos minutos, al jugar con mi sexo mientras me desprendía maliciosamente de mis braguitas. Sentía que me moría de forma literal por verle y sentía que también estaba loca por poder abrazarle de una puñetera vez.

Había leído 50 sombras de grey, incluso llegué a leer la segunda parte. Unas cosas me parecían de lo más extraordinarias al mismo tiempo que prácticamente imposibles y otras, las más, como para echarse unas risas con las amigas cuando te cuentan aquello de que le dije a mi marido que, o le dije a mi novio que, a mi chico o a mi amante que... y era evidente que no tenían ni idea o no tenían imaginación y nos poníamos todas a reír como locas de esa forma que acaban incluso saltándote las lágrimas.

Vale, y aquí me tienes, sentada en este banco. Bueno en estos bancos porque es uno de esos dobles en el que podrían caber bien hasta dos personas durmiendo. Me gustaría saber por qué en este banco en concreto. Enfrente hay otro exactamente igual. Otro banco doble con dos personas ya mayores, quizá sean pareja o quizá no. Y yo aquí, sentada hace ya diez minutos en los que la cabeza me echa humo. Colocada erguida, totalmente tiesa, erizada de pies a cabeza pero con las piernas juntas y sentada en la punta del banco, intentando no dejar ni un resquicio a cualquier mirada indiscreta desde el banco de enfrente. Tengo esa sensación extraña de que todo el mundo me está mirando y que naturalmente, todo el mundo ya sabe que voy completamente desnuda debajo del vestido.

Sonó el teléfono.

—Esta me la vas a pagar —le dije habiéndome puesto de pie junto a la maleta.

—Siéntate Raquel, por favor.

El muy... me lo decía con esa voz melodiosa y cautivadora que sabe poner y que me doblaba a su voluntad, más aún si te lo pide por favor.

De repente me daba cuenta que una vez más hacía lo que él quería. Ahora me tenía donde él quería, haciendo exactamente lo que él quería. Volvía a estar sentada escudriñando lo que tenía en frente, buscando en cada taxi que bajaba por Rambla Catalunya dirección al centro, mirando dentro de los coches aparcados, detrás de las pérgolas de las terrazas de los bares, en las esquinas... nada.

—Vestido nuevo Raquel. Estás preciosa.

—Veo que te has fijado —le contesté.

—Como para no fijarse, querida. Ese color te realza mucho más tu figura y al ponerte de pie con esos tacones y ese cabello alborotado...

—No puedes hacerme esto, Víctor.

—Me gusta cuando me llamas por mi nombre.

—Víctor.

—Te miro Raquel, y me tienes excitado.

—Pues déjate de juegos y ven aquí.

—Raquel.

—Dime.

—Ese no es el banco en el que deberías estar.

—¿Cómo que...? Ahora caigo, estás mirando me estás observando.

—Llevo un rato haciéndolo.

—Serás...

—Dirígete a tu derecha.

—Me vas a marear con tanto...

—No, Raquel, a tu derecha, justo enfrente de donde estabas antes.

—De verdad que... ¿Aquí? Estoy cansada del viaje, apenas he dormido así que si no es aquí... de aquí no me muevo. ¿Dónde estás, Víctor? Ven de una puñetera vez, no aguanto la espera.

—¿Ves el toldo amarillo que tienes enfrente?

—Sí.

—Dime ¿Me ves a mí justo debajo?

—Pues no.

—Raquel...

—Dime Víctor.

—Separa un poco las piernas.

—Tú estás loco.

—Pensé que aceptarías el reto.

—Ya lo hice, vine desnuda hasta aquí.

Casi instintivamente separé las piernas un par de centímetros a lo que él me susurró en el auricular, *un poquito más*. Me las pagarás le dije. Pero acto seguido, sin ningún pudor, separé las piernas totalmente.

—Me has ganado Raquel, no hay retos para ti.

—¿Pensabas que me ibas a achantar?

—Tendrás tu premio.

—Lo quiero ahora.

—¿Qué quieres Raquel?

—Te quiero a ti.

—Cuelga el teléfono Raquel.

—¿Qué?

—Que cuelgues el teléfono.

Recuerdo que no le entendí pero colgué. Me quedé mirando la pantalla del

móvil pensando será capullo, cuando unos brazos aparecieron detrás de mi apoyándose en mis pechos, y al intentar reaccionar oí su voz decir mi nombre.

—No te asustes querida, no te des la vuelta todavía, déjame que pueda acariciarte durante unos segundos. Te echaba mucho de menos. Me apetecías.

Me moría, literalmente me moría de placer. Aquellas manos deseadas las tenía apoyadas sobre mis pechos, rozando aquel vestido bajo el cual se inundaba mi cuerpo desnudo.

—Cierra un momento los ojos. Déjame dar la vuelta al banco y situarme frente a ti.

No articulé palabra, no moví ni un músculo. Aquellos cinco segundos mientras daba la vuelta me parecieron toda una eternidad. Noté que se acercaba, que se acercaba mucho, tanto que casi iba a abrir los ojos y entonces sentí sus labios sobre los míos. Me besó como se besa a una amante, con ese mimo dulce combinado con deseo. Fueron primero unos pequeños besos en los labios, luego por encima del labio superior, al lado de mi nariz, en ella misma, en medio de los ojos, en un pómulo, después en otro hasta que noté la humedad de su lengua que se abría paso en mi boca que ya en ese momento, se había abierto esperando su calor. Seguí sin abrir los ojos, se retiró un poco y me dijo...

—Hola, mi amor.

Aún tardé unos segundos en reaccionar y ahí estaba, a escasos diez centímetros de mi rostro con su sonrisa de siempre, esa que consigue hacerme reír a diario, esa que conservo en mi memoria en los días que no puedo verle, esa que me cautiva y él lo sabe y la utiliza para seducirme y para poder sacar lo mejor de mí.

Me abrazó con ese abrazo de oso, tierno y fuerte a la vez. Ese abrazo que todos queremos y necesitamos sentir de vez en cuando. Ese, el que repara, cuida y protege. Ese que te pregunta sin decirlo cómo estás o que te advierte de cuánto tiempo hace que no lo tenías. Ese que te hace bajar esa sensación por la columna vertebral y que te estremece de satisfacción hasta después incluso de haberte soltado. Ese, quieras o no, te hace bajar la guardia. Sí, ese.

—Te echaba tanto de menos, Víctor.

Fueron esas las primeras palabras que pude articular con mi boca. Estaba nerviosa, mucho. Me había decidido a cometer la mayor de mis locuras, pero allí estaba. Me había preguntado por unos segundos el día que iba con él camino de pisar la nieve, sólo por un instante, si quizá aquel hombre que

apenas conocía del autobús pudiera ser un loco esperando la oportunidad de cazar una presa, pero al tiempo había despejado y erradicado ese pensamiento de mi cabeza para auto convencerme que lo que estaba haciendo era lo correcto, no lo sensato, pero sí lo correcto.

Ambos nos sentamos después de disfrutar de aquel largo abrazo. Me acariciaba la cara con el reverso de su mano. Me tocaba los pómulos con su pulgar. No dejaba de mirarme a los ojos a esa escasa distancia, y notaba temblar mis rodillas. Introdujo su mano y todo su brazo izquierdo por dentro de mi abrigo y me acariciaba la cadera con suavidad. Puso su mano derecha sobre mi pecho izquierdo y con esa sutileza consciente me decía que debía calmarme, que notaba mis latidos demasiado acelerados. Lo pienso y no entiendo cómo puede tener ese autocontrol.

Me propuso o bien ir al hotel o quizá si me apetecía primero ir a comer algo. A comer algo como si yo tuviera ganas de comer. Sólo me apetecía estar con él, disfrutar de él.

—¿Al hotel? —le dije yo sorprendida.

—Sí, amor. Pensaba darte una sorpresa pero no han acabado a tiempo. Me he mudado a un *loft* en el centro y a pesar de las promesas no han terminado aún. Había que hacer arreglos, pintar y pulir el suelo de madera y bueno que...

—No pasa nada. Seguro que estamos bien.

—No creo que nos dejen entrar todavía en la habitación, me parece que es a partir de las 14h o 14:30 —me decía mirando su reloj mientras añadía señalando con el dedo hacia el frente, la dirección hacia donde se encontraba el hotel.

Le mostré la bolsa roja que tenía en la mano además de la maleta, diciéndole que me había dado tiempo de hacer unas compras de última hora en aquel centro comercial de Plaça de Catalunya y que por lo menos si la pudiera dejar en recepción lo agradecería. A los pocos minutos entrábamos en el amplio hall del hotel. Se acercó al mostrador y dijo tener una reserva. La recepcionista muy amablemente nos dijo que hasta las 14:00h no podríamos entrar, pero que le dejáramos hacer unas gestiones. Nos emplazó a ambos a sentarnos en unos amplios butacones de piel de color marrón, colocados cerca de la entrada. Habíamos dejado nuestros carnets de identidad para poder gestionar la reserva.

No creo que hubieran pasado más de dos o tres minutos, el tiempo suficiente para quitarnos los abrigos. Pude observar como amablemente me

cedía el asiento, como se colocaba justo enfrente y se acercaba a mí sentándose al borde del sillón. Todo medido y calculado, sin prisas, dándome antes de sentarse un beso en los labios y apoyando su mano en mi rodilla, como el que calibra la distancia y la necesidad, pero la chica de recepción reclamaba nuestra atención.

—Si quieren pasar por el mostrador, tenemos felizmente operativa ya su reserva.

Después de devolvernos los documentos de identidad, de pagar la tasa turística y de darnos la llave, nos acompañó al ascensor. Nos habían permitido subir antes de tiempo. Nos señaló que la habitación ya estaba preparada.

Entramos en la cabina del elevador mientras amablemente la recepcionista sujetaba la puerta y pulsaba el botón del piso al que nos dirigíamos. Como siempre, había elegido un piso alto, sabía igual que en otras ocasiones, que me gustaba elegir las habitaciones de los pisos de arriba. Menos ruido, mejores vistas, quizá incluso hasta más intimidad y unos segundos más de tiempo dentro del ascensor.

—Que tengan una feliz estancia —nos deseó.

Se cerraron las puertas y al comenzar a subir se acercó a mí y me beso con toda la intensidad propia de un momento de puro deseo, mientras notaba que su mano iba subiendo por mi muslo izquierdo, se detenía en mi cadera, giraba hacia atrás y atraía mi culo y mi cuerpo contra él. Sólo tuve tiempo, cuando se retiró de mí al abrirse las puertas, de morderme el labio inferior y emitir el primer y creo que sonoro gemido.

— 10 —

Me quedé muy quieto.

Dicen los entendidos que la primera impresión es la que cuenta. Ahora tengo que reconocer que tienen razón. Esta mujer activó un resorte en mi cerebro, desde la primera vez que reparé en ella sentada en el autobús que nos llevaba al trabajo.

Cuando la vi esperando en aquel banco, con las piernas cruzadas una sobre otra, y con aquel vestido por encima de las rodillas que daba alas a mi imaginación, pensando que debajo no había más que un cuerpo perfumado y dispuesto a ser degustado, se encendieron en mí todas las luces de emergencia por aquella necesidad inevitable. Veía a la mujer morena, elegantemente vestida que me estaba esperando con un bolso a juego con su abrigo y a la que hice levantarse y cambiarse de banco. Creo que entre otras muchas cosas para deleitarme a mí mismo viéndola andar aquellos metros taconeando y moviendo sus caderas, que yo sabía sinuosas aunque el abrigo no me las dejaba ver. Al sentarse y decirme que de allí no se movía pude verla más de cerca, mucho más de cerca, y mis instintos de nuevo empezaron a despertarse de forma atropellada, uno por uno. El visual ya se había puesto al día y le gustaba, ahora estaba a punto de llegar el auditivo al oírla y el del tacto al tocarla. El del gusto entraría automáticamente en juego con el primer beso.

No pude alargar más la espera, había pasado demasiado tiempo desde aquella vez que estuvo en mi casa y después se marchó y no habíamos podido coincidir tantas veces como quisiéramos. Tres años en los que había ocurrido de todo para que no coincidiésemos todas las veces que los dos deseábamos. Primero la repentina vuelta a su ciudad por la enfermedad de su madre, luego los problemas con su exmarido y no tener con quien poder dejar a los niños, más tarde cuando parecía todo solucionado su cambio de trabajo a Lisboa. Estaba claro que el destino no quería que nos viésemos tanto. Yo había tenido durante ese tiempo escarceos y parejas de fin de semana que ni llenaban mi corazón ni saciaban mi apetito sexual como lo había hecho Raquel.

Me acerqué, la toqué, la escuché, la miré y la besé. No podría decir con exactitud en qué orden, pero esta es la cronología del momento. Seguidamente la invité a comer u optar por dirigirnos al hotel, ella dijo no tener hambre y llevar peso, así que sin apenas darme cuenta estábamos subiendo en el ascensor y recuerdo que en ese instante palpé la lujuria de su mirada con mi mano, por encima de su vestido. Fui atrevido, la miré de cerca, muy de cerca, alargué más mi mano atrayéndola hacia mí mientras la besaba de forma apasionada y deliberadamente intensa y al abrirse las puertas pude oír su primer gemido que aún me encendió mucho más.

Tenía multitud de planes en mi cabeza. Sabía al menos muchos de sus gustos y creía intuir los restantes, pero al entrar en la habitación, dejar las maletas, los abrigos, y sin más preámbulos comenzar a besarnos

apasionadamente, el plan que tenía en mi cabeza desapareció y la pasión dejó de lado la organización para convertir aquella estancia en un mar de sensaciones.

Recuerdo como si fuese ahora mismo cuando, con mi mano aún en su espalda, di un paso al frente con mi boca en la suya y la dejé caer sobre la cama, despacio, acompañando con mi cuerpo ese momento y retirando mi mano después. Sus ojos me miraban fijamente, grandes, abiertos, expectantes. No le había dado ninguna pista, así que ella no sabía lo que quería hacer. Yo sí sabía lo que tenía que hacer, y tenía delante un cuerpo deseoso de que lo hiciera.

Los deseos retumbaron en mi cabeza cuando la vi tumbada a lo ancho de la cama. Sus botines de tacón, sus bonitas piernas enfundadas en unas medias sexys con aquel remate de encaje y su vestido que, ligeramente subido por encima de la rodilla, dejaba ver lo justo para prender la inflamable imaginación, pusieron de evidencia que la primera impresión al volver a verla había sido ciertamente satisfactoria, quizá mucho más de lo que imaginaba, tal vez incluso algo más de lo que pretendía mi cerebro. Me di cuenta de nuevo que volvía a tener delante y en exclusiva a una mujer de lo más sexy y fascinante.

—Permíteme que me quite los zapatos —dijo.

—Lo siento, no lo voy a permitir —le contesté.

Le hice un gesto firme poniendo mi dedo en posición vertical frente a mis labios y haciéndole ver que yo mismo se los quitaría. Primero uno y luego el otro, sin prisa ninguna, recreándome en el momento y mirándola siempre a los ojos.

—Nadie me había quitado así los zapatos.

—Pues ya iba siendo hora, querida —contesté.

Se la veía nerviosa, especialmente nerviosa y excitada. Se había desplazado a una ciudad que conocía pero ahora estaba tumbada en la cama de un hotel, con un hombre con el que tuvo sexo unas cuantas veces y con el que se había podido masturbar en repetidas ocasiones al otro lado del teléfono. Imaginaba claro está lo que iba a ocurrir como en otras tantas veces, pero toda persona tiene nervios al comienzo y en la fase previa, así que todo tendría que ser alocado pausado o incluso alborotado, yo simplemente me puse manos a la obra y le quité los miedos.

Hizo el ademán de quitarse las medias y le dije que esperara, que me dejara hacer. Poco a poco, le dije. Relájate Raquel y déjate seducir.

—Dame 60 minutos de ti y deja que durante ese tiempo pueda decirte casi sin palabras cuales serán mis intenciones, me atreví a decirle.

Raquel no dijo ni que sí ni que no, sólo tomó uno, de entre aquella multitud de cojines que nos encontramos sobre la cama al entrar en la habitación y se lo colocó debajo de la cabeza al tiempo que veía que cerraba los ojos y suspiraba.

Me acerqué despacio, acariciando sus piernas por encima de las medias hasta llegar al borde del vestido que subí lentamente. La tomé por los pies empujándolos un poquito hacia adentro haciendo que sus rodillas se doblaran. Le hice notar que levantara un poco sus glúteos para que pudiera deslizar su vestido y lo subí hasta depositarlo justo por encima de su ombligo. Y ahí comencé a bailar con su cerebro. Empecé dándole unos besos, como los que le puedes dar en la mejilla, eran muy suaves y al mismo tiempo ligeramente sonoros. Desde el límite mismo de la blonda de las medias hacia arriba, sin prisas.

Pasaba mi boca, mis besos e incluso mi lengua de un lado a otro, encogiéndome todavía más sus piernas y haciendo que se abrieran de par en par. Besaba su pubis, entregado, besaba su ombligo que se ofrecía totalmente a mí con ese tacto delicado que ofrece la piel de gallina. Todo con música de fondo, con la música de estar oyendo en primera fila sus gemidos que cada vez eran más y más elocuentes. Tardé todo lo que pude, e incluso más aún, en llegar a tocar su sexo con mi lengua. Aspiraba a que Raquel deseara tanto ese momento que cuando llegara a él, explotara en mil y una sensaciones como explota uno de esos pequeños globos que se llenan de agua y al lanzarlos y caer, estallan con un característico sonido parecido a aquel fantástico momento. Fui cómplice del que creía que había sido su primer orgasmo. Más tarde me enteraría que el primero fue algo furtivo en los servicios del aeropuerto.

Después de aquella explosión llegó otra y luego otra más. Cada vez su manera de sentir el sexo se hacía mucho más intensa y mucho más prolongada, llegando incluso esta última a hacer que sus piernas temblaran convulsivamente y poco después de volver a recobrar la respiración me dijera mirándome a los ojos... ¡Quiero más!

Quería más. Acababa de tener tres orgasmos prácticamente seguidos y parecía como si ni siquiera hubiera comenzado. Recordé entonces que en una imagen comentada en un blog que ambos leíamos se veía a un hombre de pie que agarraba por detrás de las caderas a una mujer mientras la penetraba y

también recordé su comentario al respecto, así que no lo pensé dos veces, la atraje hacia mí y le dije que se levantara de la cama. Me coloqué de pie detrás de ella para que sintiera mi calor contra sus glúteos, la acerqué hasta la esquina de la inmensa y alta cama, le pedí que se pusiera de rodillas y la incliné hacia delante doblándola mientras le ponía varios de aquellos cojines redondos y alargados debajo de su vientre. Allí tenía todo un mundo delante de mí, un mundo abierto de par en par dispuesto a lo que viniera, dispuesto a ser tomado, usado y degustado, y no pude hacer otra cosa que la que hice. La agarré con mi mano izquierda por las caderas atrayéndola hacia mí. Cogí mi pene con la mano derecha y lo introduje lo más despacio que pude hasta notar el final luego la agarré con la otra mano y oyéndola gemir de aquel modo tan excitante no tuve que hacer otra cosa que balancearme, primero algo despacio y luego enérgicamente, notando cada duro golpe de mi pelvis contra sus glúteos al tiempo que en cada embate eran más audibles sus gritos de placer. Me detuve de golpe y permanecí así, quieto, unos segundos dentro de ella notando en mí más que hinchado glande sus espasmos internos, como si de unas pequeñas convulsiones se trataran. No aspiré a vaciarme en ese instante, quería prologar todavía más sus deseos y mantenerla deliberadamente excitada. En esa posición estuve acariciándole la espalda durante un buen rato, quieto, sin moverme. Ella seguía haciendo un movimiento lento y sinuoso como si fueran las olas del mar. Dejé que jugara conmigo, que se relajara y al mismo tiempo se excitara más moviéndose hacia delante y hacia atrás. Alargó su brazo izquierdo y apoyándolo sobre la nalga de mi culo, me pedía así que la embistiera. Poco a poco, le dije. Me recosté sobre su espalda hasta alcanzar con mis dos manos sus pechos y comencé a acariciarlos mientras sentía al tiempo toda su humedad. Tardó bien poco en comenzar a bambolearse enérgicamente y a lanzar su cuerpo contra el mío que apenas podía aguantar sus embestidas y en poco tiempo comenzaron de nuevo sus piernas a temblar de aquella forma incontrolada hasta que no aguantó más y se corrió quedando exhausta sobre la cama. Aproveché el momento y me retiré de ella. Para su sorpresa le dije con una sutil voz calmada...

—¿Te apetecería ahora una copa de cava?

Se dio la vuelta y me miró con sus grandes ojos abiertos como diciendo... ¿Y esto? Le conté que la había traído para la ocasión y que mejor era tomarla en aquel momento, pues aún venía con el frío del congelador. No he traído copas, le dije pensando que tendríamos que beber de la botella pero miré en el cuarto de baño y, como no, había dos vasos de cristal enfundados en unas

bolsas de plástico. Le serví un poco y otro tanto para mí y lo bebimos después de brindar sonoramente. Apuramos aquellos dos primeros vasos mirándonos a los ojos, ella de rodillas sobre la cama y yo de pie frente a ella. Cuando vi que lo acabó tomé su vaso y lo dejé sobre la mesilla de noche, ella sonreía supongo que esperando que comenzara de nuevo el baile y así fue. Acto seguido la invité a tumbarse de nuevo en la cama boca arriba. Bebí un poco de mi vaso, rodeé la cama y para su sorpresa fui a besarla intensamente con mi boca aún llena de aquellas finas, ácidas y chispeantes burbujas. Su asombro era evidente, estábamos acoplados por la boca al mismo tiempo que ambos movíamos nuestras lenguas y nos dábamos entre labios un baño de espuma ligera y fresca. Me aparté de ella y su cara de sorpresa confirmaba lo que yo esperaba.

—¿Te ha sorprendido?

—Me ha encantado. Dame más, por favor.

Cogí mi vaso y fui hasta la botella, lo medio llené y bebí un sorbo mientras la miraba. Allí estaba, echada sobre aquella cama, con una leve sonrisa y mirándome a mí también. Fui hacia ella y, sentándome en el borde de la cama, vacié el contenido casi helado de mi boca sobre su cuerpo desnudo, empezando por sus pechos y bajando hacia abajo. Evidentemente la pillé por sorpresa y dio un respingo lleno de excitación y asombro. Acto seguido y sin mediar palabra, me dediqué a extender aquel zumo burbujeante de uvas ácidas por su cuerpo que se arqueaba mientras notaba como su piel se iba erizando más y más. Le pregunté si le gustaba y me miró a los ojos con un gesto casi implorando que continuara. Cogí la botella por el cuello y la llevé a mi boca sin dejar de mirarla, sin dejar de ver su carita de asombro. Volvía a estar dándole de beber de mí mientras las burbujas rezumaban por nuestros labios que se besaban con la boca abierta y nos lamíamos de forma lujuriosa.

Me separé durante un instante de ella y mirándola le pregunté.

—¿Quieres más, Raquel?

Ella sólo me respondió: Sí, por favor.

Volví a llenarme bien la boca de cava y esta vez para su mayor sorpresa me levanté, di la vuelta a la cama y gateé sobre el colchón hasta llegar a ella hundiendo mi boca entre sus piernas y fui derramando lentamente sobre su clítoris aquellas todavía frías burbujas que junto a mi lengua, su humedad y sus orgasmos se habían convertido de repente, en el maridaje perfecto del que podría ser sin duda alguna, un almuerzo extraordinario. Allí permanecí activo oyéndola gemir hasta que sus piernas comenzaron a apretar mi cabeza como

si de una tenaza se tratara, y su pelvis parecía tener vida propia con aquellos pequeños espasmos que la obligaban a temblar de forma descontrolada. No paré ni un segundo de satisfacerla hasta que noté que sus piernas dejaban de prensar, dejaban de apretarme, para pasar de golpe a un estado de relajación tan profundo que se abrieron y se separaron tanto como si la pelvis se le hubiera desencajado, mientras sus brazos, quedaban ingravidos sobre la cama. No puedo decir cuántos orgasmos tuvo en aquel periodo de tiempo que estuve deleitándome con ella, pero sé que fueron muchos y muy intensos. En algún momento de aquel juego con el cava se sucedían uno tras otro sin tiempo a parar, sin tiempo para darse cuenta de lo que había sucedido, cuando de nuevo le surgía otra explosión en su interior, se le arqueaba la espalda y eso le provocaba un torrente inmenso de placer. Más tarde me comentaría que esas sensaciones no las había experimentado nunca. La sacudida de placer le llegaba cuando estaba casi acabando de sentir el orgasmo y de repente le volvía a llegar el siguiente, inundando aquel instante de lujuria. Llegué a pensar por un momento que incluso se podía llegar a desmayar.

La degusté muy lentamente, recogiendo con mi lengua toda aquella delicia en forma de sentimientos esparcidos entre sus piernas, para dejarla así, por algún tiempo, que reposara su corazón, y que reposara su cuerpo.

Me incorporé sentándome en el borde de la cama. Tomé la botella de cava por el cuello y bebí de ella lo poco que quedaba. Me senté con mi espalda reposando contra el cabecero y allí la tenía, a mi lado, recostada sobre su brazo derecho. Me daba la espalda y yo no podía hacer otra cosa que contemplarla, que degustar visualmente aquel cuerpo desnudo que se entregaba a mi cada vez que me apetecía. Estuve mirándola un poco más y los párpados se me iban bajando por momentos. Ella ronroneó, se giró dándose la vuelta. Luego me dejé caer sigilosamente cama abajo, estirando mi cuerpo y me quedé muy quieto, recostando mi cabeza sobre la parte interna de su muslo izquierdo y alcanzando a contemplar así, el color sonrosado y el brillo que daban testimonio de la esencia máxima del placer, que ahora tenía reposando a escasos centímetros de mis ojos.

Sentirse afortunado.

Así fueron pasando las horas desde nuestra entrada a mediodía en aquel hall del hotel, hasta que ya la luz, que se colaba entre las cortinas que cubrían el amplio ventanal del patio interior de aquella manzana de edificios del Eixample, se apreciaba cada vez más tenue, más opaca.

Raquel se había quedado dormida y Víctor veía en su reloj de pulsera, que había dejado apoyado reposando sobre la cómoda al lado del televisor, que las manecillas marcaban las cinco y media de la tarde. Pensó que no les daría tiempo a visitar las muchas cosas que tenía previsto enseñarle con detenimiento. Sabía de antemano lo que le gustaría ver pues ella misma lo había comentado, así que se hizo una suerte de plano para realizar el recorrido por todos esos lugares y que además les sobrara tiempo. Todo había sido en vano, para lograr su objetivo tenía calculado salir del hotel como muy tarde a las tres y media. Desistió y pensó excusarse algo más tarde por haber sido él mismo el que había provocado esa tardanza.

Comenzó acariciándole la espalda y a llamarla por su nombre diciendo que se despertara. Es tarde, Raquel, le repetía con voz bajita, pero ella seguía adormilada recostada contra su pecho. La excitación de los preparativos del viaje, apenas dormir la noche anterior y ahora aquel desgaste físico en forma de torrente, habían conseguido que Raquel quedara totalmente fundida.

Los dos cuerpos desnudos sobre aquella cama de dos por dos metros, a

todas luces exhaustos y saciados de placer, se hacían los remolones para ir a darse una ducha y después darse un paseo como ella le había pedido, antes de ir a cenar. De repente, mientras Víctor le mordisqueaba el lóbulo de la oreja e intentaba que le hiciera caso Raquel puso su pierna derecha sobre las piernas de Víctor casi rozando su pene que, dormido y recostado hacia un lado, yacía ajeno a todo lo que se acontecería de nuevo en breve. El cuerpo caliente de Raquel así ladeado ofrecía su culo a la vista, en una posición que el cerebro de Víctor interpretó rápidamente que había que calmar.

Eran ya las seis y cuarto de esa tarde repleta de experiencias, muchas de ellas totalmente nuevas para ambos, cuando después de unos cachetes en el culo ambos entraban en la ducha primero ella y después él.

—¿Puedo ser yo quien te enjabone?

Esas fueron las palabras de Víctor dichas cerca del oído, mientras ella abría el grifo de la ducha y le contestaba que no le mojara el pelo. Cuando la temperatura y la cantidad de agua le parecieron adecuadas hizo que ella pusiera su mano bajo el chorro y afirmara si le parecía bien. Perfecto, contestó. Y comenzó a darle con el chorro de agua por el cuerpo, poniendo especial cuidado al llegar al cuello. Luego tomó una cantidad generosa de gel de baño y comenzó a esparcir la espuma generada con sus manos por todo su cuerpo, haciendo especial hincapié en su espalda, en sus nalgas, en sus hombros y en sus pechos que todavía se conservaban erguidos y desafiando la gravedad.

Ella sencillamente dejó caer su cabeza hacia atrás, recostándose sobre el hombro de Víctor que deslizó su mano bajándola hacia el sexo de Raquel provocando, sin apenas hacer nada, un profundo orgasmo vertical.

Le confesó después un tanto ruborizada que esa sensación tampoco la había tenido nunca.

—¿Y cómo dices que se llama?

—Tengo entendido que orgasmo vertical.

La novedad la había pillado por sorpresa. Ella le había pedido expresamente que esta vez quizá por ser tan deseada y querer guardar un bonito recuerdo, no quería usar ningún artilugio ni juguete que se llevara el protagonismo de aquel encuentro. Quiero que sencillamente todo fluya y se materialice con nuestros cuerpos y todo aquello que seamos capaces de hacer con ellos, le comentó en una de aquellas dilatadas charlas predecesoras que mantenían a diario. Naturalmente él accedió con sumo gusto, pero se guardó un as en la manga con la botella de cava muy frío, que ella le agradecería con

creces más tarde y también lo haría con satisfacción en otros tantos días posteriores.

Después de salir de la ducha y mientras se secaba el cuerpo, Víctor la miraba en silencio. Ya se había puesto él la ropa interior y se abotonaba la camisa mientras, sentado al borde de la cama se impregnaba de todos sus movimientos. No sabía si ella se estaba dando cuenta, después se enteró que sí, y mientras todo aquello ocurría permanecía callado y fascinado.

Raquel pasó desnuda frente a él justo después de salir del baño y de haberse dado por el cuerpo un sedoso y nutritivo aceite hidratante con olor a coco. Había entornado del todo la puerta del baño, pero era de cristal con unas finas rayas opacas que dejaban ver su interior entre líneas, y Víctor se había recreado en aquel cuerpo sin ver ni la opacidad, ni tampoco las líneas.

La siguió con la mirada hasta el otro lado de la cama donde estaba el armario y donde ella había dejado su maleta. En ese momento él estaba de pie. No decía nada de nada, ni ella tampoco. Por momentos tenía los brazos cruzados o en jarras y en otros las manos en los bolsillos. Si notaba que ella iba a mirarle giraba la vista, como si no se diera cuenta, para acto seguido poder seguir contemplando aquel cuerpo que ahora sabía que además de bonito, resultaba delicioso.

—Me he apuntado a un gimnasio para perder peso, empecé a ir hace dos semanas.

—¿Perdona? ¿Raquel, has dicho al gimnasio para perder peso?

Estaba claro que a él no le parecía mal que fuese al gimnasio, todo lo contrario, de hecho él mismo iba a diario, pero una cosa era ir por estar bien o por estar saludable y otra muy distinta decir que iba para perder peso. Raquel es una mujer de cuarenta y muy pocos años con unos rasgos físicos que la hacen muy atractiva. Unos ojos grandes, redondos y de un intenso color avellana tostada adornan todo el conjunto. Con una boca carnosa y unos dientes blancos, siempre limpios que te invitan a ser acariciados con tu lengua. De estatura algo por encima de la media habitual cuenta con unas caderas muy generosas sin ser de escándalo y que, subidas en aquellos zapatos de tacón, se contonean sinuosamente creando el deleite de quienes la observan, aunque ella se niegue a reconocerlo. De piel clara, aunque ligeramente dorada, todavía se le notaban las marcas del bikini en el cuerpo y además, esa piel tan lujuriosa para mí va acompañada de una deliciosa suavidad al tacto realmente muy agradable.

Muslos compactos y prietos. Sus pechos aun habiendo pasado por el

proceso natural de ser madre, sin ser grandes, están mágicamente bien cuidados, y aportan al conjunto visual un plus de sexualidad y erotismo difícil de olvidar. Su culo redondo, terso y duro sin ninguna peca, a diferencia de su espalda que se podía jugar a saltar de una a otra con los dedos, ponen en jaque a cualquier ser humano.

En ese momento Raquel estaba mirando el móvil que estaba en proceso de carga sobre la mesa, lo hacía manteniéndose de puntillas detrás de una silla, cuando de repente ella se giró y le pilló comiéndola con la vista.

Cuando me miras así haces que me tiemblen las piernas y ya llevas un buen rato haciéndolo. Perdón, dijo él, no puedo evitarlo. Me encanta y me fascina lo que veo y si no fuese porque nos vamos, volvería a volcarte en la cama. Ella se rio con ganas a lo que él le contestó, no te rías, te libras porque ahora mismo me puede el hambre.

Sacó del armario la bolsa roja de plástico con el distintivo del centro comercial al que había ido de compras cuando sacó la tarjeta de embarque metió su mano en el interior y al sacarla apareció el conjunto de lencería que se había comprado y lo depositó sobre la cama. Braguitas de encaje y un top también de encaje con finos tirantes, que dejadas ambas piezas allí, sobre las sábanas blancas, ya parecían por si solas de lo más excitantes. Terminó sacando un paquete y al abrirlo, de él aparecieron unas medias oscuras finamente acabadas con aquel remate sexy que le da esa finísima blonda.

Víctor era consciente de que aquel despliegue sobre la cama estaba dispuesto para llamar su atención. Intuyo desde mi punto de vista que lo había conseguido a la primera, pues él no dejaba de mirarlo y también de mirarla.

Raquel tomó las braguitas y colocándolas en posición, introdujo un pie y seguidamente el otro. Comenzó a subírselas deliberadamente en un proceso lento y sinuoso. Al alcanzar la altura de sus muslos las braguitas se iban ensanchando ayudadas por sus pulgares para, de nuevo volverse a ajustar al ser depositadas sobre sus caderas. Perfectas, ajustadas, como si un sastre se las hubiera cortado a medida la noche anterior, se atrevió a pensar él.

—¿Qué tal me quedan?

—¡Guauuuu! —fue lo único que contestó.

Después vendría el top que también le iba ligeramente ajustado y al que se le habían girado los tirantes que él ayudo a poner en su lugar. Raquel se dio la vuelta y Víctor no dijo nada. Acabados en esa fina blonda semitransparente lo único que hizo, con la mirada extasiada, es pasar sus dedos por el interior,

rozando el pezón que se dejaba ver en su máximo esplendor.

Aquella lencería fina, de marca, de aquel color negro azabache sobre ese cuerpo tan blanco, le daba al conjunto un extra de sensualidad que la acompañaría toda la noche. Después de aquello aún vendría el ritual de colocarse las medias, vérselas subir, ver como las ajustaba a aquellos muslos, verlas girar y colocarse, en definitiva sentir envidia de aquellas transparencias de un nylon negro acariciando el cuerpo de Raquel.

Abrió el armario y de la percha descolgó un vestido negro que iba recubierto por delante de unas finas lentejuelas en tono plateado. Lo fue introduciendo por sus pies y lo hizo subir poco a poco por su cuerpo, haciendo al mismo tiempo un ondulado movimiento con sus caderas para facilitar todo el proceso. Metió un brazo y luego el otro. Se ajustó todo el conjunto que en ese momento él podía ver de frente. Se llevó las dos manos a la espalda y se escuchó claramente el sonido del subir de la cremallera. Suave, lento y para Víctor muy excitante.

—No puedo llegar. ¿Te importa ayudarme?

Atropelladamente se colocó detrás de ella y le ayudó a subirla. El vestido se iba ajustando a medida que la cremallera llegaba cerca del cuello y quedó perfectamente abrochado.

No pudo hacer otra cosa que abrazarla por detrás con sus manos a la altura de la cintura y la atrajo contra sí, al mismo tiempo que aspiraba el delicioso olor que desprendía su cuello.

—Estás realmente preciosa.

—Me costó encontrarlo, pero en cuanto lo vi...

—Dios, te sienta como un guante.

La observó de nuevo durante un largo periodo de tiempo mientras ella se miraba en el espejo. Sentado en una butaca orejera, de color verde oliva que había en la habitación, contemplaba el ritual de una mujer cuando dice que va a darse los últimos retoques. Esta vez, a diferencia de otras ocasiones, aquella tenue puerta del baño semitransparente le permitía poder observar el espectáculo sentado en butaca preferente y en primera fila. Notó como ella le miraba de reojo, pero lejos de disimular siguió mirándola de un modo descarado. Después supo que primero se ruborizaría por ese detalle, pero que acabó totalmente excitada por ello. Quizá hasta ese instante no se había percatado del todo, pero aquella noche, vestida con ese atrevido y sexy vestido negro sexualmente ajustado, unido a su más que bonito cuerpo, hacía que sus curvas ahora sí, tomaran todo el protagonismo de aquella velada que

tenían por delante. Sus caderas, aquellas que ya le habían fascinado la primera vez, aquellas en las que apoyaba su mano cuando habían podido pasear por la calle aunque sólo fuera en contadas ocasiones, ahora se habían convertido unos años después en todo un lujo para quien pudiera disfrutar de ellas, y en este caso el afortunado era él mismo.

Salió del baño maquillada pero sin parecerlo. Sus apetecibles labios, ahora rojos, favorecían la lujuria en los pensamientos de Víctor. Aquellos mismos labios que poco tiempo antes habían sido los protagonistas en todos los rincones de su cuerpo. Aquellos mismos labios que había lamido, besado, mordido y succionado. Ahora con carmín, moviéndose mientras le hablaban de nuevo, le estaban provocando una erección.

¿Mientras le hablaban? Entonces reparó en que le estaba diciendo algo y salió de aquel trance que le había abstraído.

—No sé si se verá la blonda si me agacho.

—No sé si es demasiado corto o ajustado.

—No quiero ir muy llamativa.

—No pu...

—Estás sencillamente perfecta, Raquel.

Aún disfrutó un poquito más de ella con la mirada. Todavía tuvo tiempo de otro abrazo de gratitud y admiración por el detalle de vestir bonita, atrevida y sexy sólo para él. Había vuelto a Barcelona, había vuelto por él, había venido para estar con él y se le entregaba de esa forma con aquel punto de sumisión al que a ella le gustaba llegar y del que él se sentía tan atraído. A ese puntito en el que se creía el hombre más afortunado de entre los mortales y todo le parecía poco para compensarla. Aprovechó y estuvo pensándolo los últimos segundos antes de abrazarla y antes de ayudarle a ponerse el abrigo y salir a callejear por su ciudad.

Le pregunté si prefería tomar un taxi o quizá dejarse llevar por la ciudad caminando. Optó por lo segundo y se agarró fuertemente a mi brazo que apenas soltaría una vez en toda la noche.

Raquel estaba deslumbrante pero además su rostro reflejaba una felicidad a todas luces exultante. Me había dicho por activa y por pasiva las ganas que tenía de visitar la ciudad, como si fuera una turista recién llegada y aquello se podía observar reflejado en su carita mientras bajábamos, paseando iluminados ambos por los grandes escaparates deslumbrantes del Passeig de Gràcia de Barcelona. Luego volvimos a pasar delante de aquel centro comercial de la Plaça de Catalunya para seguir por Portal de l'Àngel y detenernos para mostrarle el café restaurante *Els 4 gats*. Ese más que simbólico local, algo escondido en una callejuela adyacente, lejos de miradas que no prestan la debida atención y que sólo se dejan encandilar por las luces de los escaparates y sus grandes ofertas con rebajas.

Allí mismo me di cuenta de lo que ocurría. Me di cuenta de que no me prestaba atención. Observé como me miraba con ojos de mujer enamorada y que podía decirle lo que quisiera porque no me escucharía. La retomé del brazo y seguimos andando hasta llegar a la Plaça de la Catedral. Giré a la izquierda y la llevé hasta el muro del beso, ese en el que de lejos ves las dos bocas besándose apasionadamente, y visto de cerca son fotografías anónimas que forman todo el mural. Allí, frente a la placa que explica quién y cuándo hizo la obra y su significado, la besé con ganas. De vuelta a la plaza, me detuve frente a las letras de bronce que casi sin darte cuenta emergen del suelo como esbeltas figuras formando la palabra Barcelona entre soles y lunas. Le señalé la abundante luz que podía verse surgir de las escaleras que se ven al fondo y señalándolas le dije:

—Aquellas escaleras que ves iluminadas son las de la entrada a la Catedral, que se construyó al tiempo que lo hacía también la Basílica de Santa María del Mar y esto que puedes ver aquí es un trozo de la muralla romana que...

—No me quiero ir, Víctor, ya no me quiero ir.

Ahora sí que estaba realmente claro que Raquel estaba perdidamente enamorada de mí y yo me sentía el hombre más afortunado del mundo, en aquel mismo instante. La abracé, lo hice estrujando su bonito cuerpo contra el mío apretando aquel momento, parando el tiempo y degustando todas aquellas sensaciones. Sus ojos brillaban y me di cuenta que en su interior las

lágrimas querían abrirse paso. La besé, recuerdo que la besé intensamente junto a aquellas letras de bronce que ella, creo, ni llegó a ver. La volví a abrazar y notaba como aquel precioso cuerpo no dejaba de temblar entre mis brazos.

Una vez más, y ya iban varias, aunque esta vez muy emocionado desvié la atención sobre la muralla diciéndole que esa era una de las entradas de la ciudad y que ahí había habido un puente elevadizo. Seguidamente caminamos con su cuerpo pegado al mío y entramos en el Carrer del Bisbe. Le indiqué que la traducción era Calle del Obispo pues se decía que la pasarela que atraviesa de un edificio a otro, era usada por su eminencia para cruzar sin ser visto. A saber.

Se oía una música de fondo y yo intuía que era en la típica esquina de la calle, ahí donde suelen estar los músicos que tocan habitualmente.

Se agrupaban allí numerosas personas para escuchar aquellas melodías que surgían de entre aquellas paredes, que ofrecen una acústica que no deja indiferente. Dos hombres, uno de edad más avanzada, cantaban a capela '*O sole mio* cuando nos detuvimos a pocos metros de ellos.

La miré mientras permanecía sujeta a mi brazo izquierdo y notaba que me apretaba con fuerza, como asegurándose de ese modo que no pudiera escapar sin que se diera cuenta. Suspiró.

—Ya sólo me faltaba esto —la oí decir bajito.

Notaba como respiraba aceleradamente y más tarde, ya de noche, le pregunté el motivo de aquella excitación al oír a aquellos hombres. Cuando me lo contó, entendí su emoción y por qué me agarraba el brazo de aquel modo.

Para sacarla de aquel trance eché a andar y me metí por la callejuela que te lleva a la Plaça de Sant Felip Neri, otro de esos rincones fuera del circuito habitual que cuenta con una acústica impecable. Le conté la historia del bombardeo de la aviación fascista que mató a 47 personas, la mayoría niños, y su rostro se quebró. Comenzó a sonar un solo de guitarra de un muchacho que estaba sentado en la fuente y decidí que debía salir de allí velozmente en previsión de que pudiera emocionarse más todavía. Volvió a agarrarse de mi brazo y le comenté que en aquel hotel que da a la plaza, era en primer momento donde pretendía que pasáramos la noche, pero estar apartado, junto con la traba de no llegar con el coche, hizo que cambiara de ubicación.

—Donde estamos me parece perfecto —dijo.

Seguimos andando despacio al mismo tiempo que sorteábamos las muy

concurridas y sinuosas callejuelas del barrio judío, que ni siquiera miró para llegar hasta la plaza que se abre de repente y te muestra el gran esplendor del Palau de la Generalitat y de l'Ajuntament de Barcelona. Le señalé con el dedo cual era uno y cual el otro.

—¿Entonces ahí está la Alcaldesa Colau?

—No, mujer. A estas horas estará en su casa.

Creo que las risas sonaron en toda la plaza y ella sólo me dio una palmada en el hombro al tiempo que me decía, que tonto eres. La besé.

Seguimos calle abajo y me detuve para indicarle que ya era tarde y no podía mostrárselo pero allí, le dije, en un patio interior están unas de las columnas del Templo de Augusto que se encontraron durante las excavaciones de la Vía Layetana. Un poco más adelante dijo que necesitaba ir al servicio, así que entramos en un bar. Pedí un café para hacer una consumición.

—¿A estas horas?

—Sí, me apetece un café antes de cenar.

Ella se dirigió al baño pero antes le solicitó la llave al camarero que claro está, se la prestó. Al salir sonó su teléfono y contestó. Yo ya había tomado y pagado el café, así que me retiré un poco y después más todavía, para darle algo de intimidad a su conversación. Como seguía oyéndola salí a la puerta de la calle a esperar.

Podía observarla sentada en el taburete de aluminio de la barra del bar, mirándome. De vez en cuando bajaba la vista y al subirla me hacía un gesto con la boca con la forma de un beso, a lo que yo respondía con una sonrisa. Cuando acabó salió del local y le ayudé a sortear el escalón de la puerta sujetándola con mi mano. No le quise preguntar, entendía por su gesto que no había gozado precisamente con la conversación, así que pensé que quizá ya me lo comentaría más tarde, claro está, si es que le apetecía hacerlo.

Se hace tarde, volví a insistirle yo, pero no podemos irnos de aquí sin que veas la Plaça del Rei, que mucha gente confunde con la Plaça Reial. Este edificio del Gótico Civil en el que bla, bla, bla y más bla... Ella simplemente me miraba a los ojos. Ella estaba allí pero ausente. Se la veía con un rostro iluminado por una tranquilidad que te envolvía y, cuando yo dejaba de hablar, metía prácticamente su cabecita debajo de mi hombro esperando y obteniendo que mi brazo izquierdo pasara por encima de los suyos. No podía hacer nada más que lo que hacía. Mimarla y respetarla. Hacer que se sintiera la mujer más querida y deseada del mundo aquella noche. Le sujeté la

barbilla mientras la besaba intensamente.

Seguimos andando hasta cruzar Vía Layetana y sumergirnos calle abajo, con la referencia de las torres iluminadas de Santa María del Mar que, como dos grandes faros en el horizonte nos indicaban el camino que debíamos seguir.

—Está siendo una noche extraordinaria —dijo

—No hice nada especial, Raquel, sólo pasear.

—No me mientas —afirmó rotunda.

—Amor, no te miento —dije yo nervioso.

Volvió a reírse a carcajadas, con esa llamativa risa contagiosa que te hace sonreír también a ti y que denotaba claramente, que me estaba tomando el pelo. Le di la vuelta, la incliné un poco y le di un sonoro cachete en el culo.

—¿Por qué dices que miento?

—Porque has iluminado la basílica para mí.

Ante esa afirmación, ante esa carita de puro deseo, ante aquella preciosa mujer que tenía delante mío, no cabía otra cosa que volver a besarla en medio de la calle, justo unos segundos antes de cruzar la puerta de entrada al restaurante.

— 13 —

No me quiero ir.

Me preguntó si me apetecía ir en taxi o dejarme llevar caminando en un largo paseo. Preferí lo segundo, y me agarré fuerte a su brazo del que no me soltaría casi en toda la noche

Sentía a Víctor de un modo muy especial. Lo veía fuerte, decidido y seguro de sí mismo. Sé que le dije que tenía ganas de conocer la ciudad como una turista, lo sé, pero al ir paseando por aquella avenida ancha, acompañados del bullicio del ir y venir de gente con sus bolsas de compras me dejé llevar y prácticamente sólo le veía a él.

Al volver a pasar delante de aquel centro comercial de la Plaza de Cataluña el corazón me dio un vuelco, hacía muy pocas horas que estuve allí mismo cuando bajé del autobús y ahora lucía a mi hombre y al tiempo iba cogida de

su brazo. Me llevó hasta la puerta de un restaurante, *Els 4 gats* y sé que era precioso, pero mientras me contaba la historia yo sólo podía mirarle los labios, esos labios que tantas veces me habían besado y a los que quería volver a aferrarme.

Allí mismo me di cuenta que no le prestaba atención. Le miraba con los ojos de una mujer muy enamorada. Volví a cogerme de su brazo y seguimos andando hasta llegar a la Plaza de la Catedral. Me llevó hasta el muro del beso, ese en el que de lejos puedes distinguir dos bocas besándose apasionadas y que al principio me costó reconocer. Instantes después, junto a la placa que explica quién hizo la obra, me besó con locura. Sé que me dijo algo de una luz que surgía de las escaleras señalándolas, pero yo le miraba embelesada a los ojos y no veía en ese momento nada más allá que al hombre que más deseaba y que tenía delante.

—Aquellas escaleras que ves iluminadas son la entrada a la Catedral... — me decía, creo.

Y yo borracha de amor y pasión no pude más que mirarle y pronunciar una frase.

—No me quiero ir Víctor, ya no me quiero ir.

Ahora sí que estaba realmente claro que estaba perdidamente enamorada de él y ojalá hiciera que se sintiera el hombre más afortunado del mundo en aquel mismo instante. Le abracé lo hice estrujando su cuerpo contra el mío apretando aquel momento, parando el tiempo y degustando todas aquellas sensaciones. Mis ojos brillaban y me di cuenta que en mi interior la emoción quería abrirse paso. Me besó, recuerdo que me besó intensamente. Me volvió a abrazar y notaba como aquel robusto cuerpo me hacía temblar al tenerme entre sus brazos.

Una vez más, y ya eran varias, desviaba la atención. Me decía algo de la muralla y que ahí hubo un puente levadizo o algo así. Tendré que buscarlo en Google. Después caminamos con su cuerpo abrazado al mío entrando en la calle del Obispo, la recuerdo porque me impactó.

Se oía una música de fondo y a mí de repente se me empezaron a poner los pelos de punta. Yo reconocía perfectamente aquella melodía.

Dos hombres, uno de edad algo avanzada y el otro claramente más joven, cantaban a capela el '*O sole mio* cuando nos detuvimos cerca de ellos.

Le miré varias veces mientras permanecía aferrada a su brazo izquierdo y notaba que me sujetaba con fuerza, como queriendo asegurarse que no me llegara a caer o me desmayara, pienso yo. Suspiré profundamente.

—Ya sólo me faltaba esto —le dije.

Notaba como mi pecho se agitaba respirando aceleradamente y más tarde, ya de noche, me preguntó el motivo de aquella excitación al oír a aquellos hombres. Cuando se lo conté, entendió mi emoción y por qué me agarraba a su brazo de aquella manera que resultaba tan contundente.

Poco después fuimos a la Plaza de San Felipe Neri, la recuerdo con cariño. Me contó la historia del bombardeo de la aviación fascista que mató a 47 personas, la mayoría niños, y mi corazón se rompió. No entiendo por qué hay que infringir tanto dolor en tu propio país, a tu propia gente. Comenzó a sonar un solo de guitarra de un muchacho que estaba sentado, en la fuente ubicada en el centro de la pequeña plaza y creo que salimos de allí velozmente, previendo que pudiera emocionarme aún más. Volvía a estar agarrada a su brazo y me mostraba un hotel en el que pretendía pasar aquella noche pero que después se decidió por el que estábamos.

—Donde estamos me parece perfecto —dije.

Seguimos andando despacio hasta la plaza del Palacio de la Generalidad y del Ayuntamiento de Barcelona, me señaló cual era uno y cual el otro.

—¿Entonces ahí está la Colau? —Le dije.

—No mujer, a estas horas estará en su casa.

Qué bobo, me reí abiertamente y seguro que las risas sonaron en toda la plaza. Le di una contundente palmada en el hombro al tiempo que le decía, qué tonto eres. Me besó con ganas.

Me contó que en una calle adyacente se mostraban las columnas del Templo de Augusto pero que no las podíamos ver a esas horas. Un poco más adelante recuerdo que urgentemente necesitaba ir al servicio, así que entramos en un bar y él extrañamente para mí, pidió un café.

—¿A estas horas? —le pregunté.

—Quiero un café antes de cenar —respondió.

Me dirigí al baño previo solicitar la llave al camarero, que me la prestó. Al salir sonó mi teléfono y atendí la llamada. Creo que ya había tomado el café pues estaba retirado de la barra y al acercarme yo hablando se retiró algo más todavía. Juzgo que como caballeroso que es, o tal vez porque aún podía oír la conversación salió a la calle y esperó a que terminara.

Notaba que me observaba sentada yo en el taburete de aluminio de la barra del bar. De vez en cuando bajaba la vista y al subirla me hacía un gesto con la boca con la forma de un beso a lo que yo le respondía con una sonrisa.

Cuando acabé salí del local y él me ayudó con su mano a sortear el escalón de la puerta. No preguntó nada, quizá entendió por mi rostro que no había disfrutado precisamente de la conversación y tal vez pensó que se lo contaría más tarde, como así hice. Me apetecía que lo supiera.

No podemos irnos de aquí sin que veas la Plaza del Rey, me comentó. Este edificio del Gótico civil en el que bla, bla, bla y más bla...

Yo simplemente le miraba a los ojos, sabía que estaba allí pero ausente. Me sentía tranquila y relajada. Cuando dejaba de hablarme metía prácticamente mi cabeza debajo de su hombro esperando y obteniendo que su brazo izquierdo pasara por encima de mis hombros. No podía hacer nada más que lo que hacía. Me sentía mimada y respetada. Me hacía sentir la mujer más querida del mundo, al menos aquella noche. Me tomó por la barbilla mientras me besaba.

Seguimos andando hasta cruzar una avenida ancha y continuamos calle abajo, viendo las torres de la basílica iluminadas.

—Está siendo una noche extraordinaria —dije

—No hice nada especial, Raquel, sólo pasear.

—No me mientas —afirmé rotunda.

—Amor, no te miento —dijo él nervioso.

Volví a reírme como sólo él consigue que lo haga y viendo como le hacía sonreír también a él. Entonces notó que le estaba tomando el pelo. Me dio la vuelta, me levantó un poco el abrigo y me dio un sonoro cachete en el culo, que yo le agradecí porque me lo merecía.

—Has iluminado la basílica para mí —le dije.

Ante esa afirmación a todas luces loca quizá o ante mi cara de deseo, o tal vez fuera por la lujuria que se iba acumulando a cada paso, no cabía otra cosa, llegados a este punto que esperar que me besara en medio de la calle justo unos segundos antes de cruzar la puerta de entrada del restaurante al que me llevaba. Y así ocurrió, su lengua recorrió despacio uno a uno todos mis dientes, me dejé hacer. Mis brazos caían inertes a ambos lados y notaba como un deseo desbordante se iba apoderando de mí. Si me hubiera pedido allí mismo hacer el amor hubiera accedido sin pestañear. Todavía no entiendo cómo consigue sin hacer nada, como dice él, excitarme de este modo. Nunca nadie me había besado así, nunca he sentido tal excitación como cuando él me toca con sus dedos, cuando me susurra o simplemente cuando insinúa que va a hacerlo. No puedo dejar de besarle y no quiero perder ni una oportunidad de que me bese donde y cuando él quiera. Cuando eso ocurre, cuando eso

está pasando, hace que en ese instante tenga la sensación de sentirme una mujer especialmente saboreada. Hace que me pueda sentir una mujer especialmente amada.

— 14 —
'O sole mio.

Nápoles. En el sur de Italia. Corría el año 1898 cuando Giovanni Capurro escribía esa canción napolitana y Eduardo di Capua componía la melodía que ha llegado hasta nuestros días.

'O sole mio sta 'nfronte a te! 'o sole 'o sole mio sta 'nfronte a te...

Mi sol, está en tu rostro. Mi sol, mi sol, está en tu rostro...

De madrugada, deberían ser las tres de la mañana o quizá más, estando ambos sentados apoyando sus espaldas contra aquel cabecero de la inmensa cama, fue cuando Raquel, susurró suspirando una melodía... *'o sole 'o sole mio.*

Comenzó a explicarle el porqué de aquella excitación cuando había oído tararear la letra de aquella canción.

Mi abuela materna, la *mia nonna* se llamaba Francesca. Nosotros pronunciamos Franchesca. Mientras vivió mi abuelo, Gino, *il mio nonno* ambos vivían en una casa de campo en Acciaroli, un pequeño pueblo a caballo entre la montaña y el mar, ubicado al sur de Nápoles. Los veranos de mi infancia, hasta que murió mi abuelo, los pasamos, también con mis primos, en la casa familiar. Entonces no había tantos miedos como ahora a que los niños estuvieran en la calle de hecho nosotros hacíamos vida en ella y allí particularmente todos los vecinos se conocían. Los tiempos han cambiado

y ahora ya es más turístico. Delante de aquel caserón había un campo y un verano sí y otro no, mi abuelo plantaba girasoles. Justo enfrente, al lado mismo del límite de entrada al sembrado, estaba el secadero para la ropa al que mi abuela acudía a tender al sol. Cuando esto ocurría, cuando las sábanas completamente blancas y relucientes ondeaban melodiosamente al viento sujetas por aquellas pinzas de madera, *la mia nonna* nos obsequiaba con aquel, *'o sole mio*.

Mi abuelo y también mis padres e incluso mis tíos, si es que aquel día coincidían todos en casa se volcaban entonando aquella canción a la que yo le tengo tanto cariño. Por eso, cada vez que oigo esa melodía, esté bien cantada o no aunque la música pueda desafinar un poco por no tocarla un buen músico de profesión, la piel se me pone de gallina y apenas puedo contener la emoción. Por eso me aferré a ti de aquella forma, por eso cerré los ojos y me sujeté de tu brazo para no caerme. De repente estaba cogida del brazo de la persona que amo, mi hombre, y así, también de repente, aquella fresca y dulce melodía me transportaba alegremente hasta mi niñez. *¿Tú crees, mi amor, que podía pedir algo más para ser feliz? Ya te respondo yo. No.*

Víctor entendió perfectamente la situación y hasta se emocionó al recordar como ella se aferraba a su brazo de aquel modo. La tomó con sus dos manos por la mejilla y la besó con mimo.

—¿Sabes, amor? La que fue un día mi suegra era de Granada y cada vez que había un acontecimiento familiar, cada vez que coincidían su familia, hijos o nietos se entonaba una canción, que acabó siendo casi el himno oficial de aquella casa y que bueno, no es que se cantara de forma... vamos a llamar, estupenda pero llegó un momento en que aquella versión quedó como la versión oficial.

— ¿Y de que canción se trataba?

— El pena penita pena.

Bueno, si te tengo que ser sincero no sé si es el título exacto de la canción, sé, eso sí, que la cantaba Lola Flores y que hay infinidad de versiones de la misma canción. Le pasa como a la tuya que seguro que hay montones de cantantes que la han versionado a su manera.

Algún día tendremos que ponernos los dos a cantarlas a capela, dijo Víctor sonriendo y añadió eso sí, con una copita de cava bien frío, pero hoy

no eh, y menos a estas horas, no quiero que nos echen del hotel.

— 15 —

Un toque de sumisión.

Entraron en aquel restaurante al que Víctor la quería llevar y en el que unos días antes había reservado mesa para dos. No es un restaurante lujoso, como al que pretendía llevarla a almorzar pero tiene un aire modernista, muy discreto y melancólico, por llamarlo de algún modo, y del que estaba casi seguro que ella disfrutaría.

La carta que tenían frente a ellos estaba escrita en catalán y ya le advirtió que no sacara sus gafas de ver del bolso, pues sería él quien le leyera y tradujera la carta, como así lo hizo.

Una vez leídos y comentados todos y cada uno de ellos, Raquel le decía que ella, por la noche, solía comer más bien nada. No, no es que no tuviera hambre, es que se sentía saciada sólo con su presencia. Allí sentado frente a ella, veía a Víctor como al hombre de su vida, el hombre al que deseaba más incluso que el comer.

Él le decía que tenía que cenar algo, que le gustaría la comida que allí preparaban y que sencillamente por eso había elegido ese lugar. Le preguntaba qué había comido durante todo el día y frente a su *nada* por respuesta, Víctor le siguió insistiendo. Finalmente ella pidió una ensalada y él

se quedó más tranquilo al saber cuál había elegido, pues conocía la forma de preparación de ese plato que muchas veces había pedido él mismo para dos comensales.

Le preguntó qué le apetecería beber si vino blanco tal vez, o quizá sólo agua. Agua seguro que beberé, dijo ella, pero si el vino es afrutado me encantará probarlo. Cuando se les acercó el sommelier, Víctor le preguntó cuál de los dos que le señaló en la carta podía ser el más afrutado, así que cuando amablemente lo identificó, a él le hizo gracia el nombre, *Mala Vida* y naturalmente sólo tuvo que decirle.

—A la señora le apetecerá tomar de este vino.

Estaba claro que aquello agradó de nuevo a Raquel. Cuando eso ocurría, cuando se sentía gratamente sorprendida, sus cejas se levantaban y sus ojos se tornaban grandes y redondos. Víctor lo acababa de volver a ver y así se lo hizo notar. *Acabas de poner esa carita de sorpresa, esa que te hace abrir los ojos llevándolos a su máxima expresión, exactamente igual que este mediodía cuando los abriste de ese modo mientras te penetraba*, se lo dijo susurrando, *que supe que te sentías plena en ese instante*. Ella no decía nada se ruborizó un poco y le contestó que si de verdad se le notaba tanto. Él con un gesto apacible le explicó que, en un primer momento pensó que le hacía daño, pero que un segundo después sabía, por la sensación que notaba, que lo que ocurría es que estaba muy sorprendida. *Así es*, dijo ella bajando un poco la mirada, había estado gratamente prendida de él.

Trajeron el vino y el camarero, mirando a Víctor, le hacía un gesto después de abrir la botella para decantar y probarlo. Él de un modo discreto le señaló con la mano la copa que tenía delante de ella y al mismo tiempo le decía sutilmente al mesero...

—Será la señora quien probará el vino.

Era evidente que volvió a fascinarse pero rápidamente Raquel reaccionó y tomó la copa por su base para probarlo, un segundo después decía... *Delicioso*, y el camarero les servía la copa a ambos. Ella miró a su amante a los ojos para brindar y le dijo en voz bajita, que el detalle le había parecido de nuevo muy seductor.

Víctor pidió pato. Le explicó que siempre que iba a ese lugar es lo que cenaba. Tenía la máxima de comer sólo aquello que le gustaba, donde le gustaba. De tal modo que, le continuó diciendo a Raquel, cuando un plato le gustaba intentaba pedirlo allí donde creía que mejor lo preparaban. *Hay dos cosas que me gusta cenar fuera de casa, una es esta y la otra el bacalao. Hay*

un lugar no lejos de aquí que es lo que pido cuando voy, de ese modo estoy convencido que degusto aquello que realmente me satisface, le explicó. Levantó su copa para brindar con ella mientras no le quitaba el ojo de encima. Estaba claro que Raquel no le escuchaba, así que dejó de hablar de comida y empezó a degustarla con la mirada, como quien degusta un plato de lo más exquisito.

—Hoy estás realmente deslumbrante, Raquel.

Ella, ruborizada por aquella afirmación, no se cansaba de repetirle que no era para tanto, que ella no se sentía especialmente bonita como la definía él. *Eres bonita y excitante*, le repetía en más de una ocasión. Y es que realmente era así. No se podría afirmar con rotundidad que Raquel fuera una mujer de bandera, ni de las que salen en las revistas, tal vez ni siquiera aquella chica del quinto que todos los vecinos desean, pero Raquel es una mujer que te atrae la primera vez que la ves. Quizá es por su porte o quizá por su mirada. Mujer sensual y con atractivo, más aún aquel día que iba vestida tanto por fuera como por dentro para la ocasión que se les presentaba.

Llegaron los platos y llegó la ensalada y ella la recibió con un oh..! Y su carita de asombro. *No podré acabarme este plato*, le dijo mirándole a los ojos. *Anda, sé bueno y ayúdame un poco, por favor*. Cuando incluía la palabra por favor dentro de una frase sabía que Víctor no le negaba nada absolutamente nada. Compartió alguna nuez, un poco de verde, como él llamaba a la escarola y un trocito de queso de cabra caramelizado. Por su parte le insistía en que debía probar el pato y al fin ella sucumbió y dejó que le pusiera en su boca una pequeña porción de aquella melosa carne, junto con un trocito de patata bañada con aquella reducción de vino tinto. Su rostro volvió a expresarse. Los ojos se abrieron y mientras degustaba lo que Víctor depositó en su boca, le miraba quizá pensando que pronto podría volver a degustarlo a él. *Está, está realmente delicioso. No pensaba que iba a estar tan tierno y ese toque del vino le da un sabor exquisito*. Después de aquel primer bocado todavía hubo dos o tres más. Víctor se dio cuenta de dos cosas: lo primero es que apenas probaba la ensalada, sólo iba picoteando mientras no le quitaba ojo de encima, lo segundo fue su rostro de puro placer cuando le ofreció comer de la punta del tenedor que le brindaba. Había cierta carga de lujuria y al mismo tiempo un toque de sumisión en aquel rostro, que abría la boca para recibir aquel bocado, con una expresión y una mirada que inundaba el aire de testosterona. Junto a ellos en la mesa que tenía él a su derecha, había una pareja cuya edad, al menos la de ella, estaría casi

emparejada con la de Raquel y que Víctor, que la tenía casi en frente veía que la mujer no paraba de mirarlos de soslayo. Tampoco se dio cuenta de la cara de enamorada que mostraba, ni de la atención especial que ponía a lo que Víctor le iba contando, ni que por momentos entreabría la boca embelesada y que le decía a él con la mirada, *fóllame*. Pero la señora que estaba a su lado si lo veía, o al menos lo intuía. Estaba claro que Víctor se había dado cuenta de ello y lo supo cuándo por debajo de la mesa, pero sin ocultarlo apenas, deslizó su mano para tocar la pierna de una Raquel que, de nuevo ruborizada y abriendo sus ojos, dejó escapar un suspiro en el que iba incluido, creo yo, la frase *vámonos de aquí ahora* pero él, seguro de sí mismo, sabía que dilatar todo lo posible aquella cena excitaría a su amante y haría que la velada posterior fuese aún más apetecible, si es que podía serlo más.

La cena continuaba con miradas, golpecitos con las copas para brindar, algunas caricias en las manos de vez en cuando y algún susurro cuando el ruido de fondo de las conversaciones lo permitían. Más tarde, después del postre y ya con Víctor tomando un café, le contaría que la mujer que tenía al lado no le quitaba ojo de encima, sobre todo con el postre. Ella lo había tomado ya y, al ver a Raquel degustar el suyo, le recriminaba al marido o acompañante que no hubiera elegido el mismo que el de la mesa de al lado, o sea, que el de ellos. Raquel mostraba su sorpresa a Víctor, comentándole que no se había enterado de nada. Normal, estaba totalmente sumergida en un mundo paralelo al resto del local. *No te preocupes, tampoco te dije nada porque no les hubieras entendido, hablaban en catalán*. Aquella pareja debió pensar que ambos eran de fuera de Cataluña y, por lo tanto, no tenían mucho reparo a la hora de comentar entre ellos los deleites y suspiros de Raquel al probar el pato, al celebrar un sorbo de vino blanco, al hablar de las maravillas de las horas ya vividas o por encima de todo, al probar el postre que Víctor sutilmente había dicho al camarero que lo compartirían y lo sirvió convenientemente junto a dos cucharillas. El audible gemido de placer que emitió Raquel después de probar la primera porción que le ofrecía Víctor, a pesar de decir que no quería postre, encendió la mesa de al lado y ahí fue el momento en que la mujer le señaló a su *partenaire* el equívoco del postre que eligió para ella. *I a mi que collons m'expliques?*, le contestó él. No voy a traducirlo, es de muy mal gusto la respuesta. Estaba claro que aquella mujer quería sentirse en aquella cena y en aquella velada tan íntima como se sentía Raquel.

Y es que el postre fue la guinda de la cena. Estaba claro que ante la

negativa a cenar de forma consistente, lo mejor era excitar sus papilas gustativas y qué mejor postre que aquel que Víctor ya conocía. Al compartir la primera cucharada con ella y emitir aquel gemido de placer en la boca, supo que había acertado. Fue dándole pequeñas porciones, a la par que iban comentando las sensaciones. Evidentemente las comentaban en voz alta y eso exacerbó a la señora de al lado. Un fondo lleno de trozos de manzana al horno caramelizadas con azúcar moreno y unos toques de crema catalana por encima, estaban rematados con una bola de helado de vainilla que hacía que, al hundir la cucharilla, tomar de las dos partes y llevártelo a la boca, el contraste resultara sencillamente espectacular y el placer visual y gustativo se hacía palpable. Víctor se encargaba de que poco a poco Raquel se alimentara algo más de lo que lo había hecho hasta ese momento y lo cierto es que no le costó en demasía. Después, ya en la intimidad del hotel, ella se encargaría de agradecerle aquel detalle eligiendo aquel postre.

Cuando ya los comensales de la mesa de al lado estaban tomando un café él y manzanilla ella, Víctor le insistió a Raquel que debería ir al baño. *Ve al baño, verás qué curioso es, dentro encontrarás un objeto que no suele haber en los baños ni de hombres ni de señoras. También verás, le decía, la cocina del restaurante desde la barandilla de la escalera y observarás lo pequeña que es, pero lo bien distribuido que lo tienen todo.* Ella le hizo saber que no tenía necesidad de ir al baño pero él siguió insistiendo, así que se levantó, pasó junto a su amado acariciándole la barbilla, giró sobre la mesa de al lado y se encaminó hacia el baño bajo la atenta mirada de la mujer de al lado y después también de su pareja que la miraba caminar de espaldas a él. La mujer le hizo un gesto, más bien una mueca, y él bajó la mirada. Víctor también la miró e intuyó que a su vez Raquel también se sintió observada. Sencillamente aquella mujer caminaba altiva y coqueta, sensual y feliz, en aquella noche llena de sensaciones. Hizo el camino al baño y el de regreso bajo la atenta mirada de su amante y de aquellos dos invitados involuntarios que poco después se levantaban y se iban sin ni siquiera un *bona nit*. Al sentarse le dijo a Víctor: *me dijiste que me pedirías que fuera al baño, que me quitara mis braguitas y que te las dejara encima de la mesa, pero he ido y no me has pedido que lo hiciera.* Él le contestó bajo una sonrisa sexy y maliciosa que ya no hacía falta, que ahora sabía perfectamente lo que llevaba encima y también debajo. *Pensé provocarte un nuevo reto al pedir que te las quitaras pero, amor mío, allí sentado he visto cómo te vestías para mí, como jugabas con todo mi cerebro y con mis intenciones. He disfrutado de todo el*

conjunto y ahora mirando ese precioso vestido enfundando tus caderas contoneándose para mí, no me hacía falta más. Por eso no te lo he pedido. Sabes que lo hubiera hecho con gusto, le contestó ella. *Lo sé y admiro tu grado de participación,* respondió él sabiendo que de nuevo hubiera cumplido el reto que le había impuesto, de nuevo hubiera sido sumisa.

Así fue transcurriendo la velada, inmersos el uno en el otro, amándose con la mirada y follándose con la mirada, allí, a la vista de todos sentados en aquella mesa de 70x70 centímetros.

Trajeron el café y también la cuenta como habían pedido y, a pesar de su insistencia, tarjeta en mano, tal vez por esa masculinidad que le acompaña, no consiguió que el camarero le hiciera caso y Raquel insistió en invitarle aquella noche. Supongo que incluso el camarero no resistió la mirada de ella y aún menos cuando se lo pidió diciéndole... *cóbrame a mí, por favor.*

Después vendría un paseo agarrada a su brazo hasta llegar a Vía Layetana y allí parar un taxi. Él insistía en ir a tomar una copa aunque estaba claro que a ella no le apetecía especialmente. En ese momento solamente quería estar a solas con él, abrazarle y tenerle entre sus brazos sintiendo su calor. Aquella mujer que comenzó aquella tarde diciéndole a su amante que la excusara si la notaba torpe, que la perdonara si advertía que aún no tenía la experiencia suficiente, que la disculpara si no sabía satisfacerle, ahora después de haber experimentado de esa forma aquellos orgasmos nada más comenzar aquel encuentro sentía la lujuria en su cuerpo y una necesidad apremiante corría por su interior queriendo volver a repetir aquellas palabras justo después de un orgasmo y otro y otro... *¡quiero más!* Estaba claro que Víctor lo había notado nada más salir del hotel, en el mismo instante que cerraron la puerta para saltar a la calle que les esperaba con los brazos abiertos, pero al mismo tiempo, aun teniendo él también las ganas contenidas, quería poder mantener toda aquella expectación todavía por descubrir, y que Raquel expresaba especialmente con la mirada.

A los pocos segundos vio un taxi con la luz verde y lo paró. *Al Nacional,* le dijo al conductor.

El trayecto en el taxi fue de lo más excitante para todos, sí, para todos. Por un lado podrían haber ido andando pero estaba claro que dilatarlo tanto no sería buena idea. Durante el recorrido en el amplio vehículo que se detuvo ante ellos, ella aprovechó distendida para mirar el móvil, ajena a todo lo demás. Sentada a la izquierda de su hombre, con las piernas una sobre la otra, dejaba ver sus eróticas medias y parte de su muslo pues el vestido al sentarse,

se le había subido un poco. Víctor se percató al instante y se maravilló una vez más al verla así tan excitante y al mismo tiempo tan sensual. El taxista también se percató y la miraba a través del retrovisor, cosa que de inmediato su amante advirtió. Puso la mano sobre la rodilla de ella que al contacto le miró y esbozó una sonrisa y así la tuvo durante todo el camino, moviendo los dedos despacio, casi como si lo hiciera sin querer como sin darse cuenta, de tal forma que hasta pareciera un acto reflejo, pero no lo era. Quería mantener aquel contacto y que ella supiera que aquellos dedos, en muy poco tiempo, estarían recorriendo todo su cuerpo y aquella mano que la acariciaba de forma sutil, sería la misma que la desnudaría antes incluso de lo que ella creía.

La entrada en el Nacional dejó a Raquel con la boca abierta. Le ofreció tomar una copa que ella rehusó y siguió andando. Él la acompañó por los diferentes locales que componen el conjunto y le fue explicando que en cada uno de ellos puedes degustar un tipo diferente de comida e incluso un tipo diferente de bebida. También la condujo hasta los servicios, aunque ella decía no tener necesidad. Pero él quería que los viera. Lo cierto es que vale la pena. La zona de lavamanos es común tanto para hombres como para mujeres y todas las pilas son de mármol blanco comprado o extraído de casas antiguas. La particularidad reside en que todas son diferentes así como los grifos que las acompañan. Una decoración sutil y exquisita a la vista hace que esa zona dé mucho juego a personas que sólo entran a curiosear. Al salir de allí se encuentra una pequeña sala anexa para que las chicas puedan retocarse. En ese momento Raquel lamentó en voz alta que no había cogido nada para maquillarse un poco. La respuesta de Víctor fue contundente. *Mi amor estas preciosa como estás, tienes además un colorete especial en tus mejillas que te sienta de maravilla, así que para mí, para mis ojos y para mi cerebro, estás muy bien así.*

Estaba claro que aquellas palabras acababan de dar una pincelada de color a las ya sonrosadas mejillas de aquella mujer enamorada. Salieron juntos y él aprovechó para hacerle una fotografía desde las escaleras. Se la veía plena y exultante mirando a cámara, como suele hacer siempre pero esta vez Víctor veía al repasar la foto tomada, que aquel rostro pedía a gritos que la sacaran de allí. No dudó un instante más y se encaminó hacia la zona de salida, no sin antes decirle que si le parecía bien y no le apetecía tomar una copa podían ir caminando hasta el hotel. *Está a poco más de cinco minutos.* Ella agarrándole del brazo le decía que sí, además de la coletilla de, *por favor.* Salieron ambos

de allí por el callejón que conduce a Passeig de Gracia y desde ese punto, en pocos minutos, estaban abriéndose las puertas de entrada al hotel con aquella amable chica deseándoles las buenas noches, mientras tomaban el ascensor. Pulsó el botón al tiempo que la veía allí, mirándole con aquella carita llena de necesidad apremiante. Se acercó y la besó apasionadamente, sujetando con ambas manos su carita, mordiendo sus labios, lamiendo su boca, notando su respiración y allí mismo ambos escribieron un microrrelato.

La entrada a la habitación fue apasionada, muy apasionada, como en aquellas películas en las que van tirando la ropa por la estancia, pero esta vez Víctor se encargó de que ese juego y de que ese fuego se contuvieran. Le desabrochó la larga cremallera del vestido después de que ella se apartara la melena hacia un lado. Le fue subiendo el vestido hacia arriba despacio hasta que ella levantó los brazos para ayudar a la extracción y dejó a la vista su cuerpo enfundado en aquella negra lencería que la hacía mucho más atractiva y apetecible. Dobló el vestido con cuidado y lo apoyó sobre uno de los cojines de la cama aunque ella le decía que no se preocupara. Le desabrochó los zapatos y se los retiró, lo mismo que haría segundos después con sus braguitas, previas caricias en sus muslos y en su obliquo, que se encogía al pasar sus dedos sobre él. Ella intentó quitarse las medias pero Víctor la contuvo. *Relájate, déjame a mí*, le decía. No se las quitó todavía, se dedicó a tocarla por todo el cuerpo, a jugar con sus pechos por encima del top, a formar círculos con sus dedos alrededor de sus pezones, a mirarla a los ojos, a acariciar sus bonitas piernas enfundadas en negro pasión. Comprobó cómo su espalda se arqueaba, como su estómago se encogía, y como los gemidos de Raquel iban siendo cada vez más sonoros.

Entonces, simplemente hizo lo que ella estaba esperando toda la noche. Le quitó las medias, despacio, sin prisas, deslizándolas y acariciando al tiempo sus piernas. Le quitó el top negro que cubría sus pechos a los que previamente había acariciado por encima de la ropa viendo como sus pezones se erguían queriendo salir de allí. Se puso de pie y se desnudó frente a ella y luego volcó su cabeza entre sus piernas poco a poco, mientras la miraba, para provocarla y sacar de allí todo el placer y toda la lujuria contenida en tan poco espacio. Ella cerró los ojos. Él le pedía que le mirara. No tardó nada en deshacerse por primera vez, ni tampoco la segunda. Él no se retiraba y ella le sujetaba la cabeza atrapada entre sus piernas de un modo que pedía a gritos más y todavía más. En uno de aquellos orgasmos continuados y largos, sus piernas temblaban a ritmo acelerado y compulsivo con temblores de lo más

descontrolados. Se llevó su propia mano a la boca para acallar los gritos de placer que cada vez eran más audibles y aunque en ningún momento le pidió que parara, Víctor se detuvo para dejarla respirar pues pensó que, de seguir allí jugando descaradamente con su lengua en su sexo podría acabar desmayándose.

Al retirarse e incorporarse un poco, apoyó su cabeza sobre el pubis de Raquel y allí pudo oír su respiración acelerada, pudo notar los latidos que galopantes inundaban aquel cuerpo exhausto de placer, pudo ver el brillo de sus ojos mirándole e implorando con aquella mirada sentirle en su interior. Oyó como le decía... *por favor*.

No pudo hacer otra cosa que trepar por ella hasta su boca. Estaba claro que aquella mujer deseaba a todas luces ser poseída y penetrada en aquel instante y eso fue lo que ocurrió. Pero tal como había insinuado alguna vez, en esta ocasión puso en práctica aquello de si tienes prisa ve despacio. Le levantó las piernas hacia arriba, se las junto por los tobillos y las apoyó junto a su hombro. La penetró despacio, muy lentamente, deliberadamente lento, observando sus ojos cómo se abrían, cómo su boca se abría también al verse atrapada así en aquella postura que desconocía y que más tarde sabría que la llaman del cartero. Comenzó el baile de aquellas acometidas que Raquel recibía con expresión de puro placer y que cada vez que los ojos se le cerraban y la cabeza le caía hacia atrás, Víctor se reclinaba sobre ella y entre aquellos susurros le decía... *¡Mírame...!*

Estaba claro que los dos necesitaban aquello que estaban viviendo, que deseaban de una forma lujuriosa vaciarse el uno y el otro. Ambos querían hacerse el amor y al mismo tiempo, así lo habían expresado, necesitaban sentir que el uno y el otro e incluso los dos al mismo tiempo se estaban entregando, se estaban follando.

Así se sucedieron los intercambios de placer durante toda la noche. Apenas hubo minutos de descanso. Unas veces era muy intenso y acto seguido tan pausado que relajaba el cuerpo de Raquel hasta quedarse dormida durante algunos minutos, minutos que Víctor aprovechaba para mirarla, para saborearla con sus ojos y para acariciarle las caderas, los hombros o incluso el rostro. Cuando Raquel abría los ojos y le regalaba una sonrisa, él la besaba intensamente y comenzaba de nuevo el juego. Unas veces era ella quien tomaba las riendas y hacía todo lo que le apetecía con el cuerpo de Víctor, sin ningún tipo de restricciones. No llegó a pedirle en ningún momento si podía hacerle esto o aquello y a medida que pasaban las horas, la lujuria de Raquel

iba en aumento y tomaba el rol de querer dominar aquel momento a su antojo, cosa que él nunca le negó. En cada juego, en cada nueva exploración que le hacía, en cada postura que adoptaba acoplándose a él de todas las maneras posibles, cada vez que se subía a horcajadas sobre él o cada vez que incluso se masturbaba con su pene, el nivel de excitación general iba en aumento, las exigencias iban en aumento y sus espasmos iban *in crescendo*.

Pasaban las horas, mejor dicho caían las horas como caen las hojas en otoño y ambos querían de todas las maneras posibles exprimir cada minuto al máximo, para intentar detener el tiempo y que el amanecer no entrara por la ventana. Víctor veía el reloj sobre la cómoda y ya eran casi las seis de la mañana. Hacía apenas dos minutos de la última sesión de sexo. Cada vez que comenzaba el juego Víctor quería ser quien lo iniciara y ella se mostraba de lo más receptiva hasta el extremo de decirle varias veces que debía reposar un poco.

Habían hablado de lo que podría ocurrir cuando se encontraran. Habían comentado y se habían sincerado el uno con el otro de las cosas que habían probado y las que no. Horas de conversaciones en las que a cada uno les quedó muy claro qué sería lo que quería experimentar. Qué sería lo que desearía hacer y que le hicieran y sobre todo hasta dónde estaban dispuestos a poner límites a aquel encuentro sexual. No los había. Raquel le dejó bien claro que sólo quería gozar como nunca, fuese cual fuese el modo de proporcionárselo. Víctor, seguramente algo más experto, tanteó el terreno semanas antes de aquella velada. Había pasado un tiempo desde sus anteriores encuentros y esta vez querían que se desbordaran de una manera diferente sus apetencias sexuales, como así había acabado ocurriendo. Ambos necesitaban descargar una lujuria y un deseo que había ido forjándose y afianzándose por teléfono días tras día y aquel encuentro era la culminación tan deseada. Las pocas veces que se habían visto, desde aquella primera vez en su casa de campo, no habían podido mostrarse tal como querían o bien por la imposibilidad de una mínima intimidad o por falta de tiempo. Todo había ocurrido tan deprisa que solamente había sido un desahogo de pura necesidad, en casi todos los casos. Esta vez era muy diferente. No repararon en que deberían usar quizá un preservativo o qué zonas tenían previsto excitar o cuáles estarían prohibidas. No delimitaron ningún rincón de sus cuerpos. No pusieron traba alguna a lo que a uno le apetecía y el otro necesitaba. Nada. Todo se mostraba libre y fluido, tanto que incluso Raquel comenzó a darle un intenso masaje primero por la espalda y el cuello con

aceite de coco, y más tarde fue bajando y bajando hasta llegar a los dedos de sus pies y volver a subir por sus muslos. Aprovechó para acariciar primero de forma suave y después cada vez más enérgica los cachetes del culo de Víctor que sin decir nada yacía exhausto tumbado boca abajo. Se dejaba hacer. Literalmente estaba gozando de una forma totalmente nueva para él. Raquel siguió ejerciendo masajes con sus manos entre las piernas. Jugaba con sus testículos y con su pene como si de un juguete se tratara y cada vez, cada vez más, Víctor gemía y gemía de forma mucho más audible y eso a ella, la excitaba mucho.

Le pidió que se diera la vuelta. Lo hizo, y dejó que sus brazos reposaran sobre la cama como si de un ángel se tratara. Raquel que hacía unos segundos había apagado la vela de masaje que prendía sobre la mesita de noche, la tomó y derramó la cera tibia por el pecho de Víctor llegando hasta su pene. Comenzó así un masaje suave por todo el cuerpo. Llegaba desde el centro hacia los brazos y las manos. Llegaba incluso hasta las puntas de cada uno de sus dedos. Los costados. El pecho. Las piernas. Derramó aceite sobre su pene casi dormido y totalmente relajado, y comenzó a masturbarle despacio, sin ninguna prisa, tal como él le había enseñado a hacer las cosas. Se recreó con su miembro a medida que se iba poniendo terso y duro, no tuvo censura ninguna, ni tampoco compasión por la forma de tratarlo, lo hizo suyo desde el primer momento y cuando ya notaba que Víctor no podía más se subió sobre él, se sentó literalmente sobre él y comenzó un baile lento, armónico y sinuoso, sintiendo la dureza de aquel pene en su interior, hasta que notó cómo empezaba a hincharse todavía más, para acto seguido sentir cómo se vaciaba dentro de ella y cómo repetía su nombre una y otra vez mientras se corría, mientras la miraba. Raquel siguió moviéndose lentamente un poco más, mientras ella también experimentaba un largo y a la vez dulce orgasmo. Pasados unos largos segundos cuando ambos dejaron de jadear, abatidos uno sobre el otro, abrazados, ella dejó que su buen amante ahora extenuado reposara. Cuando eso ocurrió ella descabalgó y se tumbó a su lado con la cabeza recostada sobre su pecho, oyendo los latidos de su corazón. No pudo evitar, sin embargo, alargar la mano y así sentir entre sus dedos, los últimos espasmos de aquel pene que tanto placer acababa de proporcionarle. Así ambos, se quedaron dormidos durante algo más de una hora y media, en la cómplice habitación de aquel hotel.

El día que jamás olvidaré.

Me desperté de repente, como el que cree que el despertador ha sonado, no lo ha oído y llega tarde al trabajo. Allí estaba ella con una amplia sonrisa, mirándome desde los pies de la cama.

—Lo siento, no me di cuenta y me...

Me hacía gestos con el dedo frente a sus labios indicándome que hiciera el favor de callar. Lo necesitabas, me confirmaba. Casi al mismo tiempo gateaba por la cama como quien reptaba despacio en busca de su presa. Se ponía a mi altura y comenzaba a besarme de esa forma tan salvaje que tiene. Mordiéndome. Notando cómo su lujuria se aloja en mis labios. Besándome como si acabáramos de vernos en ese instante. Me besó los hombros, el cuello, los pezones que ya comenzaba a tener duros. Nadie nunca me había mordisqueado los pezones, como si eso sólo estuviera reservado para cuerpos femeninos y me gustó. Marcaba con sus dientes sin llegar a apretar, del mismo modo que yo mismo se lo había estado haciendo antes a ella. Me sentía el cazador cazado. Su presa. No tardó en extender su brazo y acariciar mi pene que volvía a estar en posición de ser devorado. Pasó una de sus piernas por encima de mí y se sentó sobre mí, se puso cómoda, muy cómoda, me alojó dentro de ella y comenzó otra vez de nuevo, un sutil vaivén que recordaba las olas del mar.

—¿Te hago daño?

—¿Daño, Raquel? Me das placer, querida.

Y al decirle eso el ritmo creció, crecía de una forma exponencial y

desacompañada, para acto seguido doblarse por completo hacia delante y reposar sobre mi pecho mientras yo notaba sus convulsiones internas y sus gemidos frente a mí.

Es imposible saber cuántos orgasmos tuvo aquel cuerpo durante aquella jornada. Se iban sucediendo uno tras otro casi sin dar tregua. En ocasiones no había margen entre uno y otro, se solapaban y notaba la presión, el relajamiento y de nuevo la presión en apenas unos segundos. Se incorporaba, me miraba, sonreía, me besaba y seguía el baile de nuevo. Volví a vaciarme en su interior, no fue tan contundente como las veces anteriores pues ya estaba totalmente agotado. Me besó durante un largo rato, luego siguió con aquel baile, aquel vaivén delicado y sinuoso que ahora hacía muy despacio, casi como a cámara lenta, jugando con mi miembro que incluso estando de aquella manera flácida casi inerte y relajada, le servía de estimulación.

Se volteó hacia mi derecha y se bajó de mí. Se recostó a mi lado abrazándome, ronroneando junto a mi costado, metiendo su cabeza por debajo de mi brazo que, apoyado sobre ella reposaba, y nos quedamos de nuevo dormidos.

Sonó la alarma del móvil y di un respingo. La había programado para las 10:45 de la mañana. Quería tener un margen amplio de tiempo para poder ducharnos y recoger la habitación un poco antes de salir del hotel a mediodía. Las normas indicaban que debía dejar la habitación antes de las 12:00h y a pesar de que suelen ser algo permisivos, oíamos ya los carritos de la limpieza en los pasillos adyacentes de la planta.

La desperté con algunos mimos y le dije que deberíamos meternos en la ducha. Ronroneó.

—Se hace tarde, Raquel, cariño.

Me levanté y fui al baño. Abrí el grifo de la ducha y volví a la cama. La tomé casi en brazos y me la lleve hasta el baño y entramos en la ducha. Se quedó de pie delante de mí y yo le mojé todo el cuerpo con el agua casi tibia. Tomé una porción abundante del gel espumoso en formato mousse que colgaba de la pared y me dediqué a extenderlo por su cuerpo de forma deliberada y consciente, sabiendo que iba a excitarse de nuevo con aquel juego. Y así fue. Se giró, me miró y separó algo más las piernas para que tuviera vía libre con mis manos. No tuve que hacer nada extraordinario, aquel bonito cuerpo volvía a mostrarse perfectamente excitado y preparado para dar y recibir placer. Después de dos orgasmos, con su cabeza apoyada en mi hombro, le ayudé a salir de la ducha. Se la veía casi flotando, relajada,

incluso diría que con una carita soñadora. Tomé una de las toallas que estaban dispuestas en forma de rollo en el estante de la pared, la desplegué y me dediqué a secarla despacio mientras ella, permanecía en silencio y con sus ojos cerrados. Luego tomé el bote del aceite corporal y le extendí una porción por los hombros. De repente se separó de mí y fue hacia la mesilla de noche. La toalla que la cubría se cayó por el camino y yo sorprendido sólo pude decir.

—¿Qué pasa, Raquel?

Ella había descolgado el teléfono de la mesita de noche y lo tenía alojado en su oreja. Al otro lado de la línea la estaban atendiendo y ella con una voz suave y pausada les pedía si podía seguir en la habitación hasta las tres de la tarde.

—¿Sería posible? —les demandaba.

Colgó el teléfono y esbozó una amplia sonrisa llena de alegría, llena de serenidad, llena de malicia y de lujuria al mismo tiempo.

Me miró. Me miró fijamente y me dijo: *ven por favor, nos han regalado algo más de tiempo*. No pude negarme. Hizo que me sentara en el pico de la cama. Se arrodilló frente a mí y con aquella mirada lasciva, empezó a jugar con mi miembro en su boca hasta que mi espalda no aguantó la verticalidad y me dejé caer hacia atrás. No tardó en volver a subirse encima de mí y colocarse a horcajadas, cabalgando de aquella manera tan excitante hasta conseguir que de nuevo y para mi asombro mi miembro aguantara sus envites durante un buen rato, hasta que me dejé llevar cerrando los ojos y repitiendo su nombre en voz alta, justo antes de vaciarme por completo en su interior.

Salimos del hotel a las catorce treinta horas, lo sé porque lo ponía en el ticket de caja que me dieron al salir.

—¿Han disfrutado de la estancia?

Mucho más de lo que pensaba, dijo Raquel y yo además añadí que, *todo había estado correcto*. La recepcionista nos dedicó una amplia sonrisa y un buen viaje. Salimos ambos a la calle en aquel precioso y soleado día que jamás olvidaré.

Epílogo.

De camino al nuevo loft de Víctor, la felicidad se palpaba entre ambos. Todo estaba hablado y arreglado. El hijo de Raquel, ya un hombrecito, había decidido irse a vivir con su padre, y su hija, ahora casi tres años mayor, sin haber cumplido todavía los dieciocho, le había expresado a su madre la intención de irse a vivir a París con el novio de toda la vida, como ella le llamaba y vivir en casa de los padres de éste, que aprobaban la opción tomada por ambos. Raquel había dado su visto bueno pero a regañadientes. Tenía aún esa visión de su hija, como de una niña, y mantenía esa cualidad innata de mamá protectora.

Después de todos aquellos cambios en su vida y habiendo pasado unos meses, en los que se fue acostumbrando a la que era su nueva situación Raquel pidió de nuevo un traslado para estar más cerca de Víctor y se lo hizo saber, a lo que él respondió que hacía años que rogaba por ello y que era lo que estaba deseando.

Atrás quedaban los miedos, las obligaciones y las dependencias de hijos y madres. Ahora se abría una nueva etapa, una nueva expectativa y por encima de todo, una nueva vida.

Durante el tiempo que ella había estado ausente de la ciudad condal, su empresa había trasladado la sede que tenía en Barcelona casi al centro de la ciudad, no como antes que estaba en las afueras. De nuevo volvía a ser la sede central de la compañía, que por un tiempo había dejado de serlo en aquellos días, cuando muchas empresas decidieron dejar Cataluña. Ahora con la nueva ubicación podría disfrutar más de su tiempo libre y dejar de ser una simple turista para disfrutar y conocer la ciudad desde dentro eso sí, ahora de la mano de su amado.

Le había explicado a Víctor que el traslado en principio era sólo para dos años con opción de mejorar puesto y de quedarse definitivamente. Ambos tenían deseos de poder vivir juntos y afianzar aquella larga relación que, para muchos hubiera sido una locura. Algunas veces salía la conversación y a pesar de creer siempre, que a los demás no debería importarles lo que ellos pudieran hacer o pensar, ambos recordaban que durante largo tiempo decidieron mantener en secreto su especial relación. *Si fuera ahora estoy*

segura que no lo harían, me dijo Julia, su eterna amiga, aquella tarde sentados ambos en una agradable terraza. Entonces yo, que casi estaba acabando de escribir este epílogo le pregunté.

—¿Entonces tú, por qué crees que dejaron pasar tanto tiempo y lo mantuvieron en secreto?

Julia se echó a reír. Ella era una de las pocas personas que conocía los pormenores de aquella relación y muchas veces hacía de confesora o incluso de psicóloga, o bien de uno, o del otro.

—¿Qué estás locamente enamorada de un hombre al que has visto apenas ocho o tal vez diez veces en poco más de dos años? Y ahora me dices que te vas a vivir con él. ¿Pero... es qué estamos locos o qué?

Todas eran frases de su hermana al saberlo. Imagínate que lo hubiera sabido antes, imagina que se lo hubiera dicho mientras estaba inmersa en todos aquellos problemas que causaron su divorcio, imagina que se hubieran enterado cuando los niños eran más pequeños o tras la muerte de su padre. Estaba claro que la decisión que tomaron fue tal vez la más correcta por sus circunstancias, pero te repito que estoy segura que de ocurrir ahora no lo harían igual.

Te contaré algo que me encanta de ellos. Pasó un verano que vinieron a pasar algunos días a mi casa. Algo, que explica esa complicidad que tienen entre ellos, esa dedicación. Raquel solía regalarle no un simple *te quiero*, ni tampoco un corto *te amo*. A él le oía en muchas ocasiones decir *t'estimo*, a lo que ella le contestaba siempre diciéndole *te adoro*. Víctor me confesó una vez que al principio, no entendía el significado de esas dos palabras juntas. Adorar le parecía algo puede que excesivo. En su lengua materna, que es el catalán, no existen diferentes palabras para decir te quiero, o te amo, pero poco a poco pudo ir conociendo el significado y la carga que había en adorar y cada vez que oía decírsela saliendo de sus labios, sencillamente se estremecía.

Estaba claro, Josep, parecían hechos el uno para el otro. Coincidían en prácticamente todos los gustos y aficiones. Incluso, y sé que te reirás por esto, les gustaban las mismas bebidas, los mismos cócteles o incluso los mismos refrescos y no es que se hubieran puesto de acuerdo en eso, sino que simplemente había ocurrido de esa forma. Así que cuando coincidían al pedir algo las risas estaban más que aseguradas.

—¿Qué ocurrió después de que salieran del hotel? Esa parte de la historia, querida Julia, no me la has contado todavía.

Se instalaron en la nueva vivienda de Víctor al día siguiente de llegar Raquel, aunque todavía no estuviera acabada de arreglar del todo. Las ganas sustituían a los desarreglos estructurales. Raquel se llevó lo imprescindible para unos días luego llegaría el resto de sus cosas, menos mal pensó que de esa manera, al menos les daría un margen a los obreros para terminar.

Mientras tanto los quince días que tenía de vacaciones y que le habían permitido el lujo de volar para ir a verle, le dieron tiempo para poder asentarse en su nueva zona de vida y de trabajo. Tuvo tiempo de conocer y naturalmente de ser conocida. Atrás quedaron para ambos aquellos períodos de clandestinidad. Le iba a buscar al trabajo, almorzaban juntos muchas veces, salían a pasear y al caer la tarde y volver a casa, se daban ambos el placer ritual de unos bailes y unos escarceos amorosos que les llevaban en la mayoría de los casos a no acordarse ni siquiera muchas veces de cenar.

—¿Siguen viviendo en el mismo lugar?

Sí, siguen en el mismo pisito del centro. Te diré que los grandes ventanales de aquel loft diáfano y no excesivamente grande, que he podido visitar en dos ocasiones, están muy bien orientados hacia la universidad ubicada en la plaza del mismo nombre. Por la tarde, la luz del sol con ese color caramelo, se refleja sobre las paredes del antiguo claustro y Raquel me confesaba que le apetecía salir al balcón o la terraza, como ella la llamaba, y sentarse un rato a tomar una infusión o una cerveza mientras los últimos rayos se iban difuminando por el oeste de la ciudad. Yo pude comprobarlo una tarde de verano y unos días de otoño. Espectacular.

Los fines de semana los siguen alternando visitando playas y rincones de la geografía aún por descubrir. Una vez al mes o si no, cada mes y medio, Raquel viaja para ir a ver a su niño, como sigue llamándole y en casi todas las ocasiones que le es posible, Víctor la acompaña. También ha ido tres veces a ver a su niña, aunque sólo una pudo él acompañarla. Fue en el primer viaje y así pudo presentarle oficialmente a su hija.

Las visitas a su casita del pueblo siguen siendo casi obligadas, pues ambos quieren y desean la tranquilidad y los recuerdos de aquella rústica vivienda lejos del mundanal ruido. Casi siempre me decía Raquel, que al llegar frente a la puerta ella le decía. *¿Te acuerdas?* Y bueno, ya sabes.

—Entonces por lo que dices, va todo bien.

Raquel lleva ya poco más de un año y medio en Barcelona y ha comunicado a la empresa la intención de quedarse. Creo poder afirmar que durante este tiempo que ha transcurrido, están todavía más unidos que cuando

los conocí por primera vez. Es una de esas parejas que no necesita de demasiados lujos, ni muchos avíos para ser feliz, se bastan el uno al otro.

Se les nota cuando se miran o cuando les ves pasear agarrados por la cintura o de la mano porque ambos destilan amor y es innegable la carita que sigue teniendo ella cuando le mira y también es innegable lo orgulloso y entregado a ella que se le ve, cuando la lleva de su brazo.

—¿Tan enamorados están?

Te contaré una pequeña anécdota que puede parecerte tal vez una tontería, pero que a mí en particular me sorprendió gratamente. El primer día que coincidimos en una terraza los cuatro, mi marido también estaba, me senté yo primero y automáticamente mi pareja lo hizo frente a mí. Es esa disposición que se hace casi siempre en la mesa como cuando tienes en casa invitados y los distribuyes chico chica para que todo sea más ameno, o eso creía yo. En aquella ocasión Víctor dudó un instante antes de tomar asiento pues Raquel todavía permanecía de pie, entonces me dijo que si por favor podía cambiarle el sitio a lo que naturalmente accedí. Cuando ya los cuatro estábamos sentados y el camarero se acercó a tomarnos nota, pude observar agradablemente que ambos estaban cogidos de la mano.

Entendí entonces que sentarse uno frente a otro en una mesa no era su opción y preferían estar el uno al lado del otro. Sentir ese contacto físico y visual que les permitía seguir disfrutando de aquella complicidad de la que habían hecho y seguían haciendo gala desde el primer día de su estrecha relación.

—¿Por qué decidiste contarme esta historia?

Creo que lo hice porque de veras pienso que es una bonita historia. Una de esas que merece ser relatada y disfrutada, como si fuera la tuya. Porque los finales felices merecen ser contados. Porque me gusta disfrutar de su amistad, saber que ambos están bien, que ambos se lo pasan bien. Y sé que mucha gente querría estar en su misma situación y no todos pueden hacerlo. Es evidente que primero hablé con ellos. Les pedía que me contaran alguna intimidad de la que yo fuese totalmente ajena. Mi sorpresa fue cuando fueron llegando a mis manos sus primeras hojas manuscritas. No esperaba leer y menos aún vivir con tanta pasión comprimida sus escritos. Me ha llegado al alma como has relatado el paseo de ambos de noche por la ciudad, pero fue así.

Podría seguir contándote sus viajes, sus idas y venidas desde Barcelona hasta aquí, para pasar unos días conmigo, en mí casa. Saben ambos que

también es la suya. Podría seguir usando las palabras de ella o de él para relatarte todas sus aventuras amorosas o su forma de quererse pero está claro que a estas alturas, ya te habrás hecho una idea de la forma que tienen de amarse.

—Dime una cosa, Julia. ¿Debería poner una nota al pie de página que dijera algo así como... esta historia está basada en hechos reales?

—Deja que sean tus lectores los que decidan qué es verdad y qué no de esta novela. Deja que busquen en su entorno a alguien que se asemeje a Raquel y Víctor. Deja que pongan ellos los nombres, las ciudades o incluso hasta las fechas. Recuerdo una entrevista al escritor Tom Clancy en la que le preguntaban sobre realidad o ficción y contestó algo así: *¿La diferencia entre realidad y ficción? La ficción tiene mayor sentido.*

—Y dime, Josep ¿Ahora qué has terminado de escribir la novela, te gustaría conocerles?

—Me encantaría.

ACERCA DEL AUTOR

A Josep Aguilera i Calvo le dio por venir al mundo un caluroso miércoles de agosto en Barcelona, mientras se vivía el verano de 1961.

Durante su infancia se traslada junto a su familia a Oporto, donde residirá un largo periodo de tiempo, y será allí, a caballo junto con Lisboa donde cursará sus primeros años en el colegio. Un tiempo después, de regreso ya a España vivirá durante bastantes primaveras en un pueblecito ubicado dentro de la provincia de Barcelona. Será, muchos años después y más concretamente a principios del año dos mil doce cuando ya asienta su residencia en la capital catalana.

Casado demasiado joven, consagra todos sus esfuerzos con total dedicación a la vida familiar y laboral. Pero será por causa de su inesperado divorcio, cuando se sumerge por pura casualidad en el fascinante mundo de las letras.

Es en Madrid, en el Círculo de Bellas Artes donde empieza su fantástica y de algún modo su aventura personal. Comienza así su largo viaje que le llevará repentinamente de camino a Ítaca rogando a la vez, que su trayecto sea largo.

Desde que comenzó a tomar todos aquellos primeros apuntes garabateados en unas pocas hojas sueltas, ha escrito cinco libros, contando éste que tienes en tus manos, y ha editado otros tres para dos escritoras. Dos de ellos son novelas y el otro un libro de poesía en femenino.

Todo esto nos ha llevado hasta el día de hoy.

Barcelona, octubre de 2018.

NOTA

La teoría de los seis grados: Se le llama seis grados de separación a la hipótesis que intenta probar que cualquiera en la Tierra puede estar conectado a cualquier otra persona del planeta a través de una cadena de conocidos que no tiene más de cinco intermediarios (conectando a ambas personas solamente con seis enlaces), algo que se ve representado en la popular frase «el mundo es un pañuelo».

Esta teoría fue inicialmente propuesta en 1930 por el escritor húngaro Frigyes Karinthy en un cuento llamado Chains.

El concepto está basado en la idea de que el número de conocidos crece exponencialmente con el número de enlaces en la cadena, y sólo un pequeño número de enlaces son necesarios para que el conjunto de conocidos se convierta en la población humana entera.

Hoy en día con el auge de las redes sociales, esa interconexión se va reduciendo a pasos agigantados, llegando en muchos casos a poder sorprendernos viendo así, cómo puedes estar relacionado con otras personas aunque estén al otro lado del mundo.

Fuente: Wikipedia y propia.

*Por todos esos momentos
en los que tus labios,
hacen que me apetezca
irremediablemente,
besar tu sonrisa.*

